EDICIÓN ESPECIAL

Alborada

La Revista de Padres y Educadores

ISSN 0121-4039

- IDENTIDAD AMIGONIANA
- LA FIGURA DEL PADRE LUIS AMIGÓ
- PRINCIPIOS INSPIRACIONALES
- LA FIGURA DEL EDUCADOR AMIGONIANO
- EL AMBIENTE EDUCATIVO

"Necesitamos adaptar los contenidos esenciales de la pedagogía cristiana y, en nuestro caso concreto, amigoniana, a la realidad política, social, religiosa y cultural del hombre actual"

P. Juan Antonio Vives A.

CONTENIDO

Identidad Amigoniana
Padre Juan Antonio Vives
6

La figura del Padre Luis Amigó
Padre Juan Antonio Vives
14

Principios inspiracionales
Padre Juan Antonio Vives
19

El ambiente educativo
Padre Juan Antonio Vives
29

Hacia una configuración de nuestra identidad amigoniana
Luz Fedra Rúa Gutiérrez
Directora Centro Regional Bolívar
33

Inquietudes acerca del amigonianismo en la universidad
Oscar Alirio Millán González
Director Centro Regional Valle del Cauca
36

El amigonianismo un proyecto comunitario de vida cristiana
Merly Rengifo Alarcón
Docente Centro Regional Valle del Cauca
39

Valores amigonianos proyectados a la sociedad
Juan Carlos Ceballos Sepúlveda
Director Departamento de Comunicaciones FUNLAM
41

EDITORIAL

EN BUSCA DEL TESORO PERDIDO

Hay un texto en la Biblia que, en cierto modo, nos hace recordar esos cuentos de piratas que todos, alguna vez, hemos escuchado en nuestros primeros años.

Siempre los piratas encaminaban sus pasos en busca del tesoro perdido, aunque, muy de tarde en vez, veían coronado su sueño.

El texto bíblico, sin embargo, aunque puede sugerirnos esas historias de corsarios, tiene una orientación muy distinta:

> *El Reino de Dios* - dice Jesús- *es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, lo vuelve a esconder y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel. (Mt. 13, 44).*

El tesoro al que Cristo se refiere es el tesoro de la propia identidad personal, el tesoro del sentido de la vida humana, el tesoro, en definitiva, de la felicidad. Es éste el único tesoro que hace *sabio* al hombre, pues sólo el que aprende a vivir feliz, *saborea* la vida.

Y precisamente, uno de los grandes y graves problemas de la civilización actual es, con demasiada frecuencia, la falta de identidad. La cultura - así llamada *posmoderna* -, en su afán por romper con el pasado y "empezar de cero", ha sumido a muchas personas - y particularmente jóvenes - en una especie de desorientación vital que, no raramente, se encuentra en la base de las frustraciones y depresiones, tan de moda entre los hombres de nuestro tiempo.

La Fundación Universitaria Luis Amigó - especializada en la pedagogía reeducativa- es precisamente testigo de excepción de este drama social. Los jóvenes a quienes se orienta la actuación de los pedagogos que forma, presentan hoy - con más frecuencia que antes- una angustia, y en ocasiones hasta desmotivación vital, verdaderamente preocupante. La falta de valores les ha llevado a veces a tal desorientación, que no sólo no encuentran sentido a su *hacer*, sino, lo que aún es más grave, ni tan siquiera a su *ser*.

Contribuir eficazmente a que los jóvenes encuentren el sentido gratificante de su existencia - a través de la transmisión de valores que puedan ayudarles a crecer como personas, madurando su capacidad de amar y de relacionarse - es uno de los objetivos de la universidad amigoniana, que quiere ser - en este sentido - paladín en la promoción de una verdadera identidad humana desde los principios éticos que propugna y transmite la cultura cristiana.

No obstante, como la crisis de identidad no ha afectado sólo a las personas concretas, sino también a las instituciones, la misma universidad es consciente de la necesidad que tiene en estos momentos de profundizar en las raíces inspiracionales de su propio *ser* para asimilarlos y poder dar razón de ellas. Y precisamente por ello, ha iniciado todo un proceso de investigación a fin de clarificar y poder llegar a definir conceptualmente qué se entiende por Universidad Católica Amigoniana.

Este número extraordinario de la revista Alborada - dedicado monográficamente al *ser amigoniano* de la Universidad "Luis Amigó" - es un primer aporte a ese proyecto más global y ambicioso de la actual rectoría, que quiere recrear el tesoro de la propia identidad institucional.

San Jerónimo (Costa Rica) 15, sept. 1997.

P. Juan Antonio Vives A.

IDENTIDAD AMIGONIANA

Los cinco temas principales de la Revista Alborada sobre Identidad Amigoniana fueron recopilados de las conferencias que compartió el Padre Juan Antonio Vives Aguilella, con los diferentes estamentos de la Fundación Universitaria Luis Amigó, durante la última semana del mes de enero de 1997, en la ciudad de Medellín.

Dada la importancia del tema, se edita un número especial de la Revista Alborada, como marco de referencia para todos los estamentos universitarios de la FUNLAM y los religiosos terciarios capuchinos, quienes están inquietos por conocer los fundamentos de la Identidad Amigoniana.

El Padre Juan Antonio Vives Aguilella es sacerdote terciario capuchino. Adelantó estudios de Licenciatura en Sagradas Escrituras, en la Universidad de Comillas, España. De igual manera, realizó un doctorado en Teología Espiritual, con Especialización en Franciscanismo, en el Antoniano de Roma. Fue durante 12 años Consejero General de la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos.

El día que llegué, encontré el documento "Elementos de reflexión para un proyecto de universidad Católica Amigoniana", elaborado por el doctor José Marduk Sánchez Castañeda.

En él, precisamente, encontré un elemento que, de alguna manera, me hizo recordar lo que le sucede a San Pablo en una de sus correrías apostólicas. Cuando llegó a un cierto país y no sabía cómo comenzar, se dio cuenta que allá tenían un dios desconocido y aprovechó esa situación para decirse: "esta es la mía", y les habla de ese dios desconocido.

Algo parecido me sucedió a mí cuando leí con deleite este documento, del que me llamó fundamentalmente la atención la frase inicial: "nunca podremos dejar de ser Universidad, pero podríamos dejar de ser una universidad católica y amigoniana".

Esa frase junto con aquella otra que dice: "les confieso que para mí es todavía muy difícil decir qué es amigonianismo", me llevaron a pensar que "el dios desconocido" de esta fundación universitaria era precisamente el "amigonianismo" y que de él debía hablarles yo.

No obstante, me gustaría que fueran ustedes los que, al final de todas estas conferencias, pudieran responder: ¿qué es el amigonianismo? Y para ello voy a proponer, durante estos días, unas líneas de estudio y de investigación, más que un desarrollo exhaustivo del tema.

Como una primera línea de estudio y de investigación, haré la presentación de la interrelación existente entre espiritualidad o carisma y pedagogía, desde la perspectiva del ideal antropológico.

Relación entre espiritualidad y pedagogía

Es difícil entender en toda su profundidad la pedagogía amigoniana, sin adentrarse en el espíritu que la anima. Me parece que el elemento más valioso de la pedagogía amigoniana, por encima de las metodologías, por supuesto, es precisamente la figura del educador amigoniano.

Para entender el espíritu del educador amigoniano e intuir, al mismo tiempo, la filosofía de fondo que subyace en él, hay que preguntarse inicialmente: ¿qué es lo que le anima?, ¿qué es lo que hace que el educador amigoniano tenga una identidad propia? La respuesta es: EL CARISMA.

Aclaremos, consecuentamente, qué entendemos por "carisma". Esta palabra muy usada hoy en día, particularmente en contextos de espiritualidad, viene a significar el ***talante propio de ser y de actuar, entendido como una realidad vital unitaria.***

Uno de los grandes males de nuestra cultura (porque todos participamos de alguna manera de la cultura griega), es la tendencia a los dualismos, a la separaciones, a los compartimentos estancos. Algo que no sucede entre los semitas, que se caracterizaron por ser una cultura más unitaria en la concepción de la vida.

Nosotros solemos distinguir en el hombre: cuerpo y alma; espíritu y materia. Al final todo son divisiones, que se tornan profundas y peligrosas en el seno del propio ser. Nuestra cultura tiene una raíz esquizofrénica. Está tendiendo siempre a las separaciones, y la realidad no es tal.

Sin embargo, con la palabra *carisma* queremos significar el talante, una identidad propia de ser y de hacer al mismo tiempo. No se puede actuar de una determinada manera, si no se es consecuentemente de esa misma manera. Vida y actuación o, si se prefiere, espíritu propio y pedagogía no son realidades superpuestas, ni tan siquiera complementarias, sino perspectivas de una misma realidad.

Para comprender mejor todo esto, podríamos recurrir a la cinematografía. En un plano general, se puede presentar la realidad global donde se ve todo, pero, al mismo tiempo, no se profundiza en nada. En cambio, si se centran primeros planos, se puede apreciar una parte muy bien, pero no se obtiene la globalidad del cuadro. Todas las visiones que separan el ser y el hacer no son sino primeros planos de una misma realidad vital. La vida, por su propia naturaleza, es unitaria, no admite separaciones, ni compartimentos estancos.

La vida y la actuación son dimensiones de una misma realidad y la relación entre el ser y el hacer, entre la ideología vital y la acción apostólica, no son frutos de un discurrir conceptual. La conceptualización de la existencia, plagada de distinciones y separaciones entre *lo que se es* y *lo que se hace* es otra de las consecuencias de nuestra cultura asentada más a nivel de cabeza que de corazón. En esto los orientales nos llevan años luz de distancia. Ellos suelen pensar con el corazón, mientras que nosotros decimos que el corazón es para sentir y para pensar, está la cabeza.

Pero, en realidad, estamos equivocados. El hombre piensa y continuará pensando con el corazón porque en definitiva, el pensamiento es la conceptualización, o mejor la verbalización de lo que sentimos. Pero parece que nosotros, nos empeñáramos en empezar la vida al revés. Partimos de los conocimientos y queremos adaptar posteriormente la realidad a los mismos.

...Es difícil entender en toda su profundidad la pedagogía amigoniana, sin adentrarse en el espíritu que la anima.

El ideal antropológico

La ciencia pedagógica, surgida en cuanto tal como auxiliar de la filosofía, tiene en el hombre su punto referencial. Es, enconsecuencia, una ciencia humanista, una de esas ciencias en las que el profesional tiene que ser constantemente artista.

La educación es arte porque cada día nos exige actuar desde la creatividad. En ella no puede haber recetas, porque los recetarios en la educación serían lo más contrario a la educación misma. Cada persona es una creación distinta a la que se tiene que ayudar en su proceso educativo, único e irrepetible.

Todo sistema pedagógico, además, por tener al hombre como el punto referencial, como el alfa y omega de su actuación, se sustenta, y esto es importantísimo tenerlo presente, en una determinada concepción antropológica. Sin ella sería como caminar fuera de rieles, pues supondría aplicar una metodología pedagógica, sin tener claro qué clase de persona se quiere ayudar a formar.

El ideal antropológico es básico, y es necesario que toda metodología se analice, después, bajo la óptica de este ideal. Es necesario preguntarse hacia qué tipo de civilización se quiere caminar, qué tipo de hombre se quiere propiciar, y consecuentemente, qué tipo de sociedad se busca.

A veces se parte de una concepción ideológica y luego resulta que la metodología aplicada se encuentra a años luz, con lo que no se consigue alcanzar los fines propuestos. Es importante tener presente que toda acción educativa debe arrancar del ideal antropológico y no, de la mera metodología.

Preguntas como: ¿qué clase de personas queremos verdaderamente para nuestra sociedad? ¿qué clase de civilización queremos promocionar?, llevan a una concepción idealizada del hombre, que debe marcar el camino pedagógico como alfa y omega de toda acción educativa.

Llegados a este punto, vale la pena preguntarse: ¿cuál es la concepción antropológica que fundamenta la pedagogía amigoniana? Y la respuesta a esta pregunta permitira establecer la primera relación existente entre carisma amigoniano y su acción pedagógica y apostólica.

La pedagogía amigoniana participa plenamente de la visión antropológica cristiana, que presenta al hombre como un ser referencial y relacional, es decir, como un ser abierto a los demás, no encerrado en sí mismo.

Sugún la Biblia, el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Y esta revelación del antiguo testamento adquiere su plena luminosidad en el nuevo testamento , que nos revela el verdadero rostro de Dios, al decirnos Cristo que Dios es *Padre*, o, como prefiere decir San Juan, *Dios es Amor.*

Desde esa revelación del rostro de Dios, cobra una nueva luz la concepción antropológica. El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, de un Dios que es Amor. Dicho, de otra manera, el hombre es creado para amar y encuentra su felicidad y su *verdad* en la medida en que aprende a amar.

El hombre que no crece en amor hace de su vida una gran mentira. La única *verdad* de la vida está en el amor. El evangelio es claro, al respecto. Para Cristo, la verdad es, en definitiva, encontrar el sentido gratificante de la vida humana. *Conoceréis la verdad* -dice- *y la verdad os hará libres.* Que es, como si dijera: conoceréis el amor, descubriréis en él el sentido gratificante de vuestra identidad humana y os sentiréis libres frente a las leyes y prescripciones, frente a todo aquello que pretenda coartar la fuerza expansiva del amor.

Desde la iluminación del evangelio, el entender que la verdad radica en el amor ha pasado a ser patrimonio de toda cultura cristiana. Por ejemplo, en español existe la palabra *desengaño*, cuyo contenido semántico alude, de alguna manera, a todo lo que se viene diciendo con relación al mensaje cristiano. Cuando en la vida descubrimos que todo aquello que percibíamos como amor, no era en realidad tal, sino que era una mentira, decimos que nos sentimos desengañados. Es como reconocer que hasta ese momento vivíamos en el engaño de considerar verdad, de considerar amor, lo que era una falacia.

Por otra parte, desde el mismo mensaje de la verdad como amor, adquieren toda su profundidad expresiva unas palabras del padre Luis Amigó que habrán escuchado más de una vez. Habla él de *jóvenes desviados del camino de la verdad y del bien*. Dichos jóvenes, desde la perspectiva que se viene exponiendo, son aquellos que no han encontrado la orientación recta

de su vida y no han conseguido ser felices; son los desorientados ante la vida, con todas las consecuencias que la desorientación misma conlleva.

El amor es entrega

Según la antropología cristiana, la verdad del hombre radica -como se ha dejado dicho- en el amor, pero qué díficil resulta el amar de verdad. Analizando nuestras propias experiencias y actitudes podemos constatar lo complicado que resulta el discernir cuándo hemos amado y cuándo en realidad lo que hemos hecho es dar vueltas alrededor de nuestro propio yo.

Para conocer un amor de verdad, necesitamos recurrir a una cierta escala de valores. Cada uno ama cuando se convierte en peregrino de su propio ser; cuando es capaz de salir al encuentro del otro; cuando no se posesiona del otro, sino simplemente busca entregarse a él.

El tema de los valores es importante, porque quizá uno de los distintivos de nuestra sociedad sea precisamente el haber perdido todo punto referencial respecto a los mismos.

Una escala de valores nos puede ayudar a discernir si verdaderamente amamos de verdad, o no. La Biblia nos propone precisamente una escala de valores en las bienaventuranzas.

Las bienaventuranzas nos van indicando distintos matices del amor verdadero. También en el Canto al Amor, en el que San Pablo dice *el Amor es paciente, no lleva cuenta del mal, no es envidioso*, se puede encontrar la misma escala de valores contenida en las bienaventuranzas.

El sabor agridulce de la libertad

No obstante, la concepción antropológica cristiana no se puede entender cabalmente sin hacer referencia a la realidad histórica del pecado original, a la que nos referiremos con la expresión: *el sabor agridulce de la libertad*.

Lo más bonito que tiene el hombre es la libertad, pero para ser libres hay que poder optar. Dios creó al hombre libre y crearlo libre, quiere decir que por lo menos le dio, en principio, que pudiera optar por dos caminos. Y precisamente ahí está la tragicomedia del hombre; ahí radica la razón última de que su vida sea agridulce. Si no existiera más que un camino, la vida sería muy triste, no habría conflictos, pero tampoco grandes alegrías y satisfacciones.

Es precisamente el dramatismo de tener que optar, el que da el verdadero sabor a la vida humana, y el que hace que el hombre sea y se sienta libre. Ante cualquier determinación de su vida, todo hombre tiene ante sí, fundamentalmente, estos dos caminos u opciones: crecer en el amor, o, por el contrario, crecer en el egoísmo. En fin, ésta es la libertad, y éste es el juego profundo de la antropología cristiana. Constantemente, la persona tiene que optar por salir al encuentro del otro o por quedarse encerrado en sí mismo; por encontrar la

verdad en el amor o por quererse engañar a sí mismo mediante atajos que lo prometen todo, pero a la larga lo dejan vacío.

El egoísmo es siempre el atajo que uno escoge en la vida para llegar a lo que todos buscamos: la felicidad y la identidad. El egoísmo lo promete todo a precio de rebaja. Y hoy en día las rebajas estan de moda. La cultura actual está acostumbrada a ellas. Hasta la felicidad se ofrece a precio de saldo. Nuestra cultura, en la que se exalta lo *ligero* y lo *fácil* cautiva rápidamente a la persona y favorece en ella un inmediato endiosamiento, que, al final, en vez de convertirla en un gigante de humanidad, la sume en una especie de enanismo por el egoísmo.

Por ello, y dado el dramatismo de la vida humana, una pedagogía que quiera verdaderamente orientar y conducir a la persona a la verdad y a la felicidad, es decir, al crecimiento en el amor, no puede renunciar nunca al sacrificio.

Hay que ser realistas. En esta vida, si se quiere amar, hay que saber morir. ¡Cuántos casos de matrimonios que al poco de casarse ya buscan separarse! ¿Dónde está la dificultad? No se sabe morir. Todos quieren ser reyes y quieren ser dios, y Dios y Rey solamente puede haber uno. O los dos se deciden por dejar el trono de la divinidad o del reinado y ponerse en camino hacia el encuentro mutuo o no hay verdadera comunidad, no hay un verdadero nacimiento del *nosotros*. El nosotros surge en la medida en que los "yoes" individuales disminuyen.

Conceptos de la Pedagogía Amigoniana

La conversión es un camino pedagógico. Hoy en día, en vez de la palabra conversión, muy usada por la primera tradición amigoniana, se suele utilizar la palabra reeducación para expresar el mismo concepto.

La pedagogía debe ser siempre una ciencia de futuro. Igual que tiene que ser un arte, tiene que mirar al futuro. La palabra conversión, más que un querer arreglar lo pasado -que muchas veces no tiene arreglo- hace referencia a un empezar de nuevo, a un cambiar de actitud ante la vida, a un transformar las actitudes egoístas que enanizan al hombre, en actitudes altruístas que le ayuden a crecer como persona.

El pensamiento cristiano es consciente que el ideal antropológico, ese proceso natural de humanización, a través de la apertura amorosa, fue dañado originalmente por el pecado, por un ansia no contenida de autoadoración y prepotencia, que ha dejado en todo hombre una fuerte tendencia a encerrarse en sí mismo y a pretender que todo gire alrededor suyo.

Y precisamente por esta lucha dramática y agridulce que existe en el camino de libertad humana, por esta tensión que todo hombre experimenta entre salir al encuentro o quedarse encerrado, todo intento pedagógico cristiano de humanización, pasa necesariamente por el camino de la conversión.

La pedagogía cristiana se orienta, en definitiva, a favorecer la transformación del hombre viejo, es decir, del hombre encerrado en sí mismo, en un hombre nuevo que, a imagen de Cristo, sepa descubrir en la entrega y apertura a los demás, un sentido gratificante a su propia existencia.

Y en este camino pedagógico de conversión se resaltan como valores fundamentales las actitudes de ***entrega***, de ***servicio*** y de ***solidaridad***. Actitudes que expresan desde perspectivas complementarias el núcleo fundamental del mensaje evangélico, es decir, del crecimiento en el amor; favorecen el desarrollo de la persona como un ser para los demás, y se contrapone a las actitudes más representativas del egoísmo humano, las actitudes de posesión, dominio y acaparamiento.

Desde este punto de vista, toda acción educativa que favorezca la transformación del hombre desde una actitud egoísta a una actitud altruista, puede ser considerada válida y eficaz dentro del camino pedagógico de conversión propuesto por el cristianismo. También se puede afirmar que toda acción que provoque en el educando actitudes y sentimientos de egoísmo, disimulo, insensibilidad o insolidaridad social son rechazables aún cuando se pretendan disfrazar con la aureola de lo sagrado.

Ahora bien, el camino de la conversión, de ese cambiar de actitudes egoístas a altruistas, no es un camino que se pueda recorrer, por regla general, de golpe, en una sola etapa.

Por su misma naturaleza, por dirigirse a la libertad y a la voluntad humana, necesita su tiempo. De ahí que la tradicional ascética cristiana ha distinguido siempre en la conversión una dinámica gradual y progresiva. Y de ahí también, que una de las características del método amigoniano sea la progresividad.

La conversión en un mundo secularizado

La pedagogía amigoniana más antigua suele usar como sinónimo del término conversión, el de moralización. Puede ser interesante, pues, profundizar ahora el término *moralización,* para ver qué se quería expresar con él y para analizar críticamente si este elemento antiguo de la pedagogía amigoniana es aplicable hoy en toda su integraidad, o sólo puede ser usado desde perspectivas muy matizadas.

La pedagogía amigoniana, surgida en un contexto religioso cristiano de vida, asimila plenamente los principios pedagógicos que informan la fe cristiana y se inspira abiertamente en la metodología pedagógica de su ascesis. Como puntos más explícitos de esta asimilación e inspiración se pueden señalar: la orientación del sistema amigoniano hacia la conversión, hacia la transformación interior de la persona, y la concepción de la recuperación de joven como un camino gradual y progresivo. El sistema amigoniano no se encamina a robotizar comportamientos, sino a suscitar -en línea de continuidad con lo que implica la conversión- un *cambio* en la personalidad del joven desde una llamada *gradual* y *progresiva* a su libertad y responsabilidad.

Ahora bien, desde el momento que conversión se confunde con *moralización,* se reviste aquél de matices que, entre otras, tienen estas implicaciones:

...La pedagogía cristiana se orienta, en definitiva, a favorecer la transformación del hombre viejo, es decir, del hombre encerrado en sí mismo...

- Por una parte, la convicción de que una transmisión explícita del mensaje de la fe y su aceptación libre y viva por parte del alumno, es el medio más eficaz para conseguir su regeneración;

- y por otra, la creencia de que la *moral* cristiana es un camino irrenunciable para que el educando pueda alcanzar su verdadero equilibrio personal y social, su realización como *hombre nuevo.*

Hoy en día, aún reconociendo y reafirmando la convicción de que la fe es un excelente medio para favorecer el cambio de la persona y de la sociedad, necesitamos adaptar los contenidos esenciales de la pedagogía cristiana -y, en nuestro caso, amigoniana- a la realidad política, social, religiosa y cultural del hombre actual.

En este sentido, nos podríamos preguntar: ¿cómo potenciar la conversión hoy, en un mundo secularizado, en una sociedad pluralista? ¿es posible, hoy en día, seguir equiparando conversión con moralización? Es importante que esta Universidad sea un ente abierto. Una cosa es que la universidad se llame y apellide cristiana y amigoniana, y otra, que sería fatal para la misma identidad universitaria, es que solamente los cristianos y los que comulgan con el ser amigoniano tuvieran cabida a nivel de estudiantes.

Es cierto que el estudiante debe respetar el ideario de la universidad, pero la Institución debe ejercer la educación no sólo con gente que se declara cristiana, sino también con todos aquellos que deseen frecuentar sus aulas, aunque no lo sean. Desde ese punto de vista, la pedagogía amigoniana y cristiana puede tener hoy horizontes abiertos. Es importante no caer en fundamentalismos, que equivaldría a negar la universalidad de la universidad.

Hay que tener claro que una cosa es analizar y valorar nuestras raíces cristianas y que propiciemos, en consecuencia, un crecimiento personal, según un ideal antropológico que nos transmite nuestra fe, y otra, que pensemos que dicho proyecto antropológico sólo puede propiciarse haciendo un recurso directo a nuestra moral. Los fundamentalismos nunca conllevan actitudes científicas.

La conversión en un mundo secularizado, como el actual, debe contener dos elementos esenciales:

- la convicción de que la fe transmitida con la palabra y el ejemplo de vida, y aceptada vitalmente con libertad por parte del educando, es un excelente medio para favorecer el cambio de la persona y de la sociedad;

- la convicción, a su vez, de que la transmisión de los valores antropológicos que caracterizan el humanismo cristiano, (el amor, la verdad) a esa sociedad pluralista, se puede realizar sin utilizar necesariamente los medios propios de la transmisión de la fe.

Necesitamos adaptar los contenidos esenciales de la pedagogía cristiana y, en nuestro caso concreto amigoniana, a la realidad política, social, religiosa y cultural del hombre actual. Y en este sentido, uno de los retos sería: cómo transmitir una cultura cristiana a un ambiente muchas veces laico.

Para dicha adaptación, juzgo que son imprescindibles como punto de partida estos dos criterios:

- la aceptación de la sociedad actual, como no confesional, sino pluralista, con la que hay que colaborar con criterios de respeto y diálogo como enseña el Concilio Vaticano II;

- la búsqueda de la adecuada metodología para transmitir los valores humanos que se resaltan como fundamentales en la concepción cristiana del hombre, desde las raíces mismas de una educación global e integral.

No obstante, esta tarea de adaptación, aunque apasionante, es ardua y difícil, porque supone en su base un análisis sociológico, cultural y religioso, e incluso político, de cada realidad concreta. Para ello,convendría tener en cuenta, entre otros, estos puntos de reflexión:

- es imprescindible diferenciar los términos *civilización cristiana* y *cristiandad*. El primer concepto indica una promoción humana y social, inspirada en una concepción cristiana de la vida que no es exclusiva, por otra parte, de quienes han recibido el don de la fe. El segundo, por el contrario, expresa más bien el ámbito de una sociedad regida en todos sus órdenes por las reglas morales concretas de la religión cristiana.

- El término cristiandad, muy cercano al de confesionalidad estatal, está, gracias a Dios, superado. Y esto tiene sus repercusiones también en una pedagogía que, como la amigoniana, tiene tintes de misionera y no se desarrolla generalmente en centros confesionales o entre personas que aceptan fácilmente la invitación de la fe. Los muchachos de la calle, en algunas realidades nacionales, no se declaran, generalmente, cristianos. Y no se trata de que la pedagogía amigoniana los quiera convertir a la fuerza, ni mucho menos, pues ello sería contraproducente y estaría además en contra de todo principio y de todo derecho humano.

Desde esta perspectiva, el sistema amigoniano no puede apoyarse hoy, como lo hizo en sus orígenes, en la formación religiosa, como elemento indispensable para la recuperación o transformación del joven desadaptado, sino que tendrá que buscar otros medios de transmitir ese concepto antropológico de la cultura cristiana a todos sus alumnos, sin recurrir necesariamente a los medios de la transmisión de la fe.

Supuesto lo dicho anteriormente, la acción pedagógica amigoniana tiene que estar, sin embargo, abierta siempre a la transmisión de la fe. Y ello no supone un contrasentido. Una cosa es que se obligue a aceptar el mensaje de la fe y, otra, que no se ofrezca a quienes voluntariamente quieran aceptarlo.

En sus proyectos educativos, la pedagogía amigoniana tiene que ofrecer explícitamente a los alumnos, con gran respeto y libertad, el mensaje de la fe, consciente de que la fe, aceptada y vivida, favorece extraordinariamente la conversión como humanización y socialización de la persona.

La formación del joven como ser relacional y abierto a los demás, objetivo permanente y último de la pedagogía amigoniana, debe favorecerse mediante terapias personales o comunitarias que desarrollen entre otros, los valores de aprecio por la vida, de respeto y de libertad, de justicia, de solidaridad social y de paz, que inspiran nuclearmente el humanismo cristiano.

...la acción pedagógica amigoniana tiene que estar, sin embargo, abierta siempre a la transmisión de la fe. Y ello no supone un contrasentido. Una cosa es que se obligue a aceptar el mensaje de la fe y, otra, que no se ofrezca a quienes voluntariamente quieran aceptarlo.

LA FIGURA DEL PADRE LUIS AMIGÓ

El iniciador de toda la pedagogía amigoniana, del sistema amigoniano, fue el padre Luis Amigó, cuya causa de beatificación se encuentra actualmente muy avanzada. Nosotros, de alguna forma, estamos unidos a él y deseamos que un día no muy lejano, el Papa lo declare oficialmente Santo de la Iglesia.

Desgraciadamente, todos esperamos oír cosas grandes y maravillosas de los santos. A veces, más que santos, parecen magos, gente que hace cosas extraordinarias. Nuestra imaginación tiende a creer, poco más o menos, que los Santos no han tenido pecado original y que son como seres que flotan en el ambiente.

Esta es la visión que solemos tener de los santos. Todos esperamos oír cosas extraordinarias de ellos, porque quizá no acabamos de entender qué es la santidad. ¿De quién será la culpa? Posiblemente no del que tiene la idea, sino de quien se la ha transmitido.

Por ello, antes de proseguir, podríamos preguntarnos qué es la Santidad. Y santidad no es, ni más ni menos, que ese estado de madurez humana que alcanza una persona, fuera de lo que es la media común. Santo -diríamos- es la persona que ha llegado a una maduración en el amor, que ciertamente llama la atención. Muchas veces hablamos de hombres perfectos y usualmente solemos confundir

perfección con perfeccionismo. No hay cosa que sea más enemiga de la perfección cristiana, que por su propia naturaleza será siempre perfección en el amor, que los perfeccionismos, que son fruto y exteriorización de un ser encerrado en sí mismo y enanizado por el egoísmo.

El hombre que ha crecido en el amor, por una parte, suele ser exigente consigo mismo, pero, por otra, suele ser muy comprensivo para con los demás, porque es humano. El hombre que, por el contrario, no ha crecido en amor, lo único que ha hecho es desarrollar un grado exagerado de egoísmo. El perfeccionista suele ser muy laxista consigo mismo, pero muy exigente con los demás. Es la gran diferencia que existe entre el santo y el fariseo. Para ser *santo*, no es necesario ser deslumbrador o milagrero, pero se tiene que ser humano.

En el proceso de beatificación del Padre Luis Amigó, los nueve teólogos que estudiaron en Roma su proceso dieron unánimemente su voto positivo. Y llegaron a definir a Luis Amigó, en el informe final que presentaron al Papa, como: UN GIGANTE DE LA SANTIDAD. La expresión, sin embargo, no me gustó demasiado, porque pensé que con un traje tan grande, se corría el peligro de oscurecer lo más maravilloso que, a mi entender, tiene la vida del padre Amigó: su *sencillez* y *normalidad.*

Por ello, a mí personalmente, me gusta quitarle un poco de solemnidad a la frase de los teólogos romanos, añadirle algo de humildad franciscana, y presentarlo como GIGANTE DE UNA SANTIDAD MUY NORMAL.

El padre Amigó era un santo para andar por casa, muy humano, humilde y sencillo. Y esto, precisamente, es lo que voy a compartirles. No sé si esta presentación tan simple y sencilla les defraudará, pero si tengo que elegir entre defraudar a ustedes o a la memoria de un hombre que fue grande por su sencillez de vida, prefiero, aunque me duela, que sean ustedes los defraudados.

Para empezar esta presentación veamos cómo lo retrató una persona que lo conoció en profundidad, un amigo de él, que a su muerte, en 1934, era Obispo Auxiliar de Valencia y fue quien le administró los últimos sacramentos. Monseñor Lauzurica, en la presentación del relato autobiográfico escribe estas palabras:

Fue su vida correr manso de un río sin declives pronunciados, ni desbordamientos que rebasan el cauce. A su paso florecieron las flores de toda virtud: la caridad, la pobreza, la humildad, la obediencia, la austeridad, el sacrificio... La bondad de su hermosa alma, se le irradiaba en la sonrisa que iluminaba su rostro; sonrisa que ni la muerte pudo borrar.

¡Qué canto tan poético al humanismo! Aquí está encerrado el gran secreto de esa normalidad tan anormal.

Poseyó como pocos -prosigue Lauzurica-, *el raro don de una vida inalterablemente serena, sin relieves, sin deslumbramientos, callada en la superficie, pura de profundo cauce espiritural.* Era un hombre profundamente espiritual y eso, precisamente, lo hace profundamente humano, aunque lo manifiesta con toda humildad.

Quién era Luis Amigó

Nació en 1854, en Valencia, España, más concretamente en un pueblo llamado Masamagrell. Su niñez no tiene nada de extraordinario. Fue un niño normal, lo cual es, ya de por sí, algo extraordinario, pues *ser normal* es la mayor grandeza que puede tener una persona.

En sus años jóvenes empezó a llamarle la atención el mundo de la marginación. En este sentirse llamado por el Señor a atender un sector muy concreto y muy necesitado de la sociedad, influyeron circunstancias familiares y, particularmente, su vida de fe.

Tendría 14 o 15 años, cuando se afilia a unas asociaciones de índole espiritual que le ayudan a profundizar precisamente en una espiritualidad que centra la atención en el mundo de la marginación. A los 14 años, ya dedicaba parte de su tiempo libre a la atención de enfermos en los hospitales. También le gustaba visitar las cárceles, como voluntario, para entretener un poco a los mismos encarcelados. Asimismo, visitaba algunos pueblecitos cercanos a la capital, para alfabetizar a menores y mayores, en una época en que la escuela pública no había llegado allí.

Era un hombre, que, ya en sus primeros años, nos manifiesta un corazón sensible a las necesidades de los demás. Solamente cuando tenía 18 años empezó a sentir en profundidad la vocación religiosa. Antes había asistido, como alumno externo, al Seminario de Valencia, pero él quería ser religioso. El problema era, sin embargo, que los religiosos, desde años atrás y concretamente desde 1835, estaban expulsados de España.

En este ambiente, el Padre Luis Amigó desea hacerse religioso y para conseguirlo tiene que emigrar. Y un poco como Abraham, se pone en camino y se va a otro país, más concretamente al convento de los Capuchinos

que estaba en la frontera con Francia, en la ciudad de Bayona. Allí toma el hábito capuchino, estudia unos años y en 1874 regresa a España. Formaba parte del primer grupo de frailes que regresa después de la exclaustración. Y con este regreso, empieza su verdadera historia de fundador.

Durante varios años estuvo en diferentes regiones de España, antes de llegar a su ciudad natal, donde emprende el apostolado con la Tercera Orden Seglar Franciscana, un movimiento en el que se integran quienes, desde su vida laical, quieren vivir el espíritu de San Francisco de Asís. Estas personas, mientras los frailes estuvieron exclaustrados de España, no pudieron seguir su ideal de vida. Al regreso de los religiosos, sin embargo, el movimiento cobra nuevo vigor.

Son muchas las personas que se agrupan entonces en torno al padre Amigó, que tenía sólo 27 años. Él las anima y dirige espiritualmente, y orienta su apostolado al sector más querido por él mismo desde sus años jóvenes: el mundo de la marginación. En revistas y periódicos de la época, se encuentran, por ejemplo, noticias sobre las visitas que estos seglares acompañados del padre Amigó, hacían a las cárceles, a los hospitales y a las comarcas sin escolarizar para dar instrucción a los niños y también a las personas mayores.También se nos informa que, apoyado en dichos seglares, nuestro capuchino abrió talleres para la promoción de la mujer.

Cierto día, un grupo de estas mismas personas le sugirió que fundara una congregación religiosa, porque querían consagrarse de una forma más directa a Dios y deseaban dedicarse a estos apostolados de una forma más libre. Desde ese momento empieza a pensar en la fundación de sus congregaciones. Es así que funda primero a las hermanas terciarias capuchinas, en 1885, cuando aún no había cumplido los 31 años, y cuatro años más tarde funda la Congregación de los Terciarios Capuchinos.

El mundo de la marginación

El Padre Amigó centró su apostolado en un campo muy concreto: la juventud marginada, aquella que necesita, de una forma particular, una ayuda para encontrar un sentido a su vida. Las circunstancias que pudieron influir en este centrarse en los jóvenes con problemas son varias. Nos limitaremos a conocer algunas de ellas.

Según cuenta una anécdota, una de las primeras circunstancias que influyeron, para que el Padre Luis empezara a tener, en el corazón, el problema de los jóvenes marginados, fue ésta: era la víspera de Navidad en 1885. Día de mercado grande en Valencia, donde él estaba entonces. Preside la plaza el edificio de La Lonja, de un precioso gótico civil, con su escalinata de piedra, sembrada siempre de niños abandonados. En un instante, como aves de mal agüero, levantan el vuelo y se van derechos a un puestecillo de frutos secos abriéndose paso entre la abigarrada multitud. Uno de ellos, amparado en la gente y en sus compañeros, con la electrizante rapidez de lo visto y no visto, toma un gran puñado de uvas pasas e higos secos y sale corriendo, protegido por su grupo. Mientras tanto, una robusta señora grita: ¡¡al ladrón, al ladrón!!, pero interiormente se dio cuenta que también ella era madre y que en su casa se pasaba hambre. Una lágrima nubló su vista, se le quebró la voz y rompió a gemir con rabia y con impotencia. Se sabe que el Padre Luis Amigó presenció el hecho y, posiblemente, lo marcó al ver esos muchachos abandonados en la ciudad de Valencia.

Otra situación que vivió y que fue marcando su preocupación por el mundo de la marginación juvenil, se produjo cuando estuvo de capellán en el norte de España, en una cárcel, donde estaban entremezclados mayores, niños y jóvenes. Esto lo golpeó fuertemente. En aquel país, aún no existía la Ley del Menor. Ante aquel espectáculo el padre Luis Amigó -dicen- sugirió,

...El Padre Amigó centró su apostolado en un campo muy concreto: la juventud marginada...

en más de una ocasión, la idea de hacer algo por los niños. Son pequeñas circunstancias que van golpeando su mente.

Al fundarnos a los Terciarios Capuchinos, nos destina en un principio a varios ministerios, siempre dentro del mundo de la marginación, pero no centrados aún en el mundo de la juventud. Pero, se produjo al poco tiempo, un hecho que fue decisivo para que él se percatara de que la labor apostólica de esta congregación debía centrarse en el mundo de la niñez y de la juventud desamparada.

Meses después de fundada la Congregación, unos señores de la clase alta, abrieron, en Madrid, una casa para protección y reeducación. Toda la infraestructura y los recursos económicos estaban, pero no tenía quién fuera capaz de llevar aquella institución. Se cuenta que fueron hasta Roma y a uno de ellos, en una audiencia particular, el mismo Papa León XIII, le indicó que hacía poco en Valencia, España, se había fundado una Congregación con esos objetivos. No se sabe, con seguridad, si sucedió así, pero lo cierto es que estos señores contactaron al padre Luis y pusieron a su disposición la casa que habían fundado. Hubo que esperar aún un tiempo hasta que profesaran los primeros religiosos. Y el 24 de octubre de 1890 los terciarios capuchinos se hicieron cargo del centro que es considerado el primer correccional español. Este hecho fue decisivo para que, poco a poco, el padre Luis Amigó y los primeros terciarios capuchinos se percataran que, en vez de dedicarse al mundo general de la marginación, debían centrarse en la atención a la juventud y a la niñez desamparada.

Fisonomía espiritual del Padre Luis Amigó

Existen dos facetas de la personalidad del Padre Luis Amigó, que marcan su fisonomía espiritual. La primera: es una persona arriesgada ante las dificultades. No es un hombre que se echa atrás, sino que tiene una gran fe en la Providencia.

Hay un relato en su vida que nos ayuda a comprender este aspecto. Se trata de la fundación del asilo de Masamagrell, la primera casa que tienen las hermanas terciarias capuchinas, en España, abierta al poco tiempo de la fundación de la Congregación. En él, se puede descubrir un padre Luis Amigó que no es apocado, ni temeroso, sino muy activo y en plena juventud.

En un momento en el que cuatro de las cinco religiosas que había enviado a Masamagrell a atender a los enfermos de cólera acababan de fallecer; en un momento en que no tenía dinero, ni medios, el padre Luis Amigó, viendo que, pasada la epidemia, habían quedado muchos niños sin amparo por haber muerto sus padres, asumió la actitud del Buen Samaritano. Y, movido a compasión, se dispuso a hacer algo por ellos.

Y apoyado en la única religiosa que había quedado con vida, y con la ayuda que le ofrecieron los seglares, inició una obra en favor de aquellos muchachos, animado por estos sentimientos que el mismo nos transmite: *sin pérdida de tiempo* -dice-, *alquilamos en Masamagrell la casa llamada del Castillo, para convertirla en asilo dónde recoger los niños huérfanos y luego salimos por la población a recoger algunos muebles que nos ofrecieron. Con varias limosnas que me dieron compramos algunos jergones, sábanas, mantas y otros utensilios. Y sin contar con más recursos, pero confiados en la Divina Providencia que mantiene hasta las aves del cielo, abrimos el asilo el día 9 de agosto de 1885.*

Así era él de arriesgdo. ¡Cuán distinto, a veces, de nosotros! Nos gusta hacer proyectos, pero, hasta que no lo tenemos todo previsto y solucionado, sentimos la inseguridad de dar el primer paso.

La otra gran cualidad que distingue la espiritualidad del padre Amigó es la unidad con que vive y expresa el misterio de Dios y el misterio del hombre; la unidad con que vive el amor a Dios y el amor al hombre.

En los escritos del padre Amigó, encontramos un pensamiento bellísimo, en el que no se nos dice nada distinto a lo expresado por San Juan en una de sus cartas, pero el padre Luis lo hace con palabras que surgen, no de su cabeza, sino de su experiencia: *no es posible pues, amados hijos, amar a Dios sin amar también al hombre su obra predilecta. Ni amar a éste, al hombre, con verdadero amor de caridad, si se prescinde del amor de Dios. Ambos amores son como rayos emanados de una misma luz, como flores de un mismo tallo.*

Este pensamiento distinguió su vida, porque, en definitiva, toda su vida estuvo centrada en un agarrarse a Dios con una mano, y en un mantener la otra tendida al hombre necesitado. Existe un pasaje en su autobriografía, que nos muestra cómo durante la epidemia del cólera, él quería hacer algo para reparar la justicia de Dios y, a raíz de ello fundó nuestra congregación , con el propósito de atender, en un primer momento, a los encarcelados y posteriormente, a la juventud.

¿Qué relación existe -nos podríamos preguntar- entre reparar la justicia de Dios y trabajar por el hombre? La relación -diríamos- es muy clara si tenemos presente

que la justicia de Dios es, en definitiva, volver al plan original que tiene para el hombre y la creación.

La justicia de Dios tiene una dimensión humana, una dimensión social y una dimensión ecológica. Siempre que nos separamos del proyecto original estamos yendo contra el plan justo del Señor, pero no es que hagamos una ofensa a Dios, sino que, en definitiva, hacemos una ofensa a la propia humanidad.

A veces la gente dice que hay que dar gloria a Dios, y uno se pregunta: ¿qué es dar gloria a Dios? ¿empezar a cantar aleluyas y a dar palmadas? San Irineo, uno de los primeros padres de la Iglesia tiene una frase preciosa, que Luis Amigó supo hacer suya en su vida: *la mayor gloria de Dios es el hombre viviente*. Ese fue el secreto, en definitiva, de la vida de Luis Amigó. Él entendió que lo mejor que podía hacer por Dios era trabajar para que el hombre tuviera vida, para que los hombres encontrarán sentido a su vida. Y su acción apostólica, se centró en el sector en que él entendió que había una mayor necesidad: los niños y jóvenes desamparados y marginados.

Este fue el otro gran secreto de la vida del Padre Luis Amigó. Por eso, la espiritualidad que transmite a sus dos congregaciones, y particularmente a la nuestra, es una espiritualidad muy para andar por casa. Si ustedes conocen otras comunidades religiosas, observarán que son gente con más altos vuelos. Dicho, si se quiere, con un lenguaje más plástico, nosotros somos más ferroviarios y otros son más astronautas.

Y, quizá, tiene que ser así. En nuestro trabajo, o se es un poco ferroviario, o no se perciben los problemas. Para compartir con este tipo de muchachos, hay que ponerse un poco a su altura en todos los sentidos; hay que aprender su idioma y sus gestos.

Esta es nuestra espiritualidad. Una espiritualidad para andar por casa; una espiritualidad que no separa nunca el amor de Dios, del amor al hombre.

PRINCIPIOS INSPIRACIONALES

De las mismas raíces cristianas de donde surge, desde la concepción antropológica que la orienta, la pedagogía amigoniana está inspirada en principios que marcan profundamente su actuación; entre ellos, voy a nombrar sólo tres. No quiere decir que sean todos, pero a mi entender son los fundamentales.

Primero:

Esperar siempre en la recuperación del joven.

Segundo:

Tratarlo con criterios de misericordia.

Tercero:

Educarlo con un sentido realista de la existencia humana.

Primer principio

Esperar siempre en la recuperación del joven:

Este principio encierra en el transfondo dos vertientes, por una parte creer en la bondad natural de toda persona y, por otra, pensar y esperar, fundamentados en esa bondad natural, que toda persona, por muy destruida que la podamos encontrar en la vida, puede ser recuperada. Son como dos vertientes de este principio, si uno no tiene esperanza en que se puede hacer algo por una persona, generalmente no lo hará.

A pesar de reconocer en el hombre la realidad del pecado y sin pretender entrar en conflicto científico con las teorías lombrosianas, empeñadas en demostrar la predisposición genética de ciertas personas a los desarreglos de personalidad y de comportamiento, el humanismo cristiano inspirado en la Biblia espera siempre, y, a veces, contra toda humana esperanza, en la recuperación del extraviado.

Ha sido justamente esta misma esperanza, uno de los distintivos, desde sus orígenes, de la acción pedagógica amigoniana. Textos evangélicos como la parábola del Hijo

PRINCIPIOS INSPIRACIONALES
PRINCIPIOS INSPIRACIONALES
PRINCIPIOS INSPIRACIONALES
PRINCIPIOS INSPIRACIONALES
PRINCIPIOS INSPIRACIONALES
PRINCIPIOS INSPIRACIONALES

Pródigo, cuyo padre esperaba confiado su vuelta, y como la resurrección por parte de Jesús del joven de Naín al que todos lloraban como muerto, sirven de inspiración, desde la conciencia cristiana, de la acción educativa amigoniana.

No sin intención, la primera revista propiamente pedagógica de nuestra congregación, llevaba como título las palabras *Adolescens Surge*, que son las palabras en el texto latino, que Jesús dirige al hijo de la viuda de Naín. El *Joven Levántate,* dirigido a todo muchacho y, en particular, a los más difíciles, con la profunda convicción de que siempre es posible el cambio, constituye probablemente el lema que mejor sintetiza este principio inspirador de la pedagogía amigoniana.

Como vemos, pues, este principio, como los otros que distinguen la pedagogía amigoniana, esta cimentado en una civilización cristiana, y surge directamente del evangelio. Una vez más, el reto queda lanzado a la Universidad, en el sentido de buscar la manera de transmitir este mensaje, que la primera tradición amigoniana recibe por vía espiritual, a un mundo laico en el que existen diálogos con distintas religiones y con distintas culturas.

No obstante, es bueno recordar que el mensaje profundo del evangelio tiene un carácter universal, porque hace siempre alusión a valores antropológicos de toda la humanidad. El Papa Pablo VI tiene una frase que sirve para esta reflexión: *todo lo que es profundamente humano es cristiano y todo lo que es profundamente cristiano es humano.*

Volviendo al texto de la resurrección del hijo de la viuda de Naín, hay que señalar que fue básico en la meditación de la primera tradición de la Congregación. Ante la contemplación de este texto, los primeros religiosos reflexionaban cómo difiere la actitud de Jesús, con relación a aquel joven, a la que tienen los que acompañan a su madre hacia el cementerio. Éstos consideraban a aquel joven, muerto, y simplemente lo llevaban a enterrar. En ellos no había ninguna esperanza de resurrección. Sin embargo, la actitud de Jesús es completamente distinta. Él no se dirige al joven como a un muerto, sino como una persona que puede volver a la vida, por eso le dice: *joven levántate.*

Las otras revistas que ha tenido la Congregación, siempre han conservado en sus títulos un poco este principio pedagógico. A la revista Joven Levántate, *Adolescens Surge*, le sucede otra en la posguerra que se llama *Surgam*, que recoge el grito pronunciado por el Hijo Pródigo cuando decide volver a la casa del padre: *Me Levantaré.*

Y *Alborada*, la revista que tiene la Congregación aquí en Colombia, tiene también un título que hace referencia a esta esperanza en la recuperación del joven. Es como un nuevo despertar que cada día trae una luz recién estrenada que invita a no dejarse vencer nunca por el pesimismo.

Por todo lo anterior, este primer principio de la pedagogía amigoniana ,es fundamental, que lo recuperemos y lo entendamos, y también que lo sepamos transmitir. La universidad debe convertirse en paladín de este principio. Creer siempre en la bondad de todo joven y esperar en su recuperación debería constituir uno de sus lemas.

En la actualidad vivimos una etapa de la historia humana en la que las culturas y los gobiernos se declaran liberales, pero lo cierto es que cuanto más se presume de liberalidad ideológica, menos es a veces la liberalidad existente en la práctica. Hoy en día, muchas naciones están reduciendo la edad penal de los menores; en muchos sitios desaparecen los centros de educación especial para jóvenes que han entrado en conflicto con la ley; hoy en día, como hace unos 150 años, se construyen cárceles para menores.

Por eso vale la pena preguntarse ¿qué está sucediendo? Parece que la sociedad quisiera lavarse las manos como Pilato, condenando a personas que habría que preguntarse hasta qué punto son verdaderamente sujetos de una condena, hasta qué punto son responsables de una cultura de violencia que ellos no han engendrado, pero que generalmente han sufrido y en la que ellos sin darse cuenta se han visto implicados.

De ahí que la defensa del joven y del menor, el creer que por grandes que sean los delitos es necesario hacer algo por ese menor, el esperar siempre que puede ser recuperado para sí y para la sociedad, es uno de los principios que debe inculcar esta universidad amigoniana.

Segundo principio

Tratarlo con criterios de misericordia

En la pedagogía que Dios usa a través de la Biblia para reconducir al extraviado, ya sea el pueblo de Israel o una persona concreta, aparece siempre como elemento imprescindible de su terapia reeducativa, la dimensión misericordiosa. Esta dimensión que se hace más cercana y palpable al hombre en la persona de Jesús, quien acoge con cariño a los pecadores, es recogida por el humanismo cristiano de forma unánime en los sistemas educativos, que como el amigoniano, se inspiran en el evangelio.

Pero es en el sistema amigoniano donde esta dimensión de misericordia cobra, por decirlo de alguna manera, una importancia especial y nuclear, por ir dirigido al mundo de aquellos muchachos que, considerados como apartados de la sociedad, necesitan ser tratados con este criterio. De ahí que sea conveniente clarificar qué es la misericordia. Para ello recurriré a una parábola del evangelio.

Se trata de la parábola del hijo pródigo, aunque últimamente, y con mejor criterio, se le denomina la parábola del padre misericordioso. Generalmente, cuando se quiere profundizar en esta parábola, solamente se habla de dos personajes: el padre y la oveja negra de la familia, el hijo pequeño, y se deja a un lado la figura del hijo mayor. Para entender a cabalidad lo que quiere implicar el concepto misericordia, es importante, sin embargo, considerar la figura del hijo mayor.

Veamos ahora qué representa cada uno de los personajes de la parábola en el gran teatro de la vida. El padre es la misericordia. El hijo menor representa al extraviado, a la oveja negra de la familia, y el hijo mayor simboliza la justicia humana.

Recordemos, a grandes líneas, lo que sucede. El hijo menor le pide a su padre la parte de herencia, se marcha y desaparece. Un día decide volver a casa y cuando lo hace el padre no le pregunta nada. Aquí hay una primera lección: no le pregunta nada, simplemente lo quiere. En nuestras familias ante situaciones fuertes, intentamos verbalizar las cosas, deseamos entrarle a la persona por la vía de la cabeza y no por la vía del corazón. Generalmente si se consigue entrar por la vía del corazón, acabarán desbordando las resistencias de la cabeza, al contrario nunca.

Por eso, el padre no le pregunta nada, sólo lo quiere, lo acepta, manda ponerle una túnica y el anillo que representa la filiación recuperada, y organiza, además, una fiesta como símbolo de reconciliación de su hijo con la sociedad. El padre no quiere recuperarlo para él sólo, sino que desea recuperarlo también para los demás.

Después viene un diálogo muy bonito, entre la justicia humana y la misericordia. La justicia humana se enfada, no quiere entrar al banquete. Tal es así, que su padre tiene que salir a decirle unas palabras. El hijo mayor que representa la justicia humana inmediatamente salta y le dice que no hay derecho, porque él ha estado toda la vida sirviéndole y nunca le ha ofrecido ninguna fiesta para compartir con sus amigos, y que en cambio llega el hijo pérdido y le mata el carnero que tenían para la gran fiesta de la Pascua.

Ante esta crítica, podríamos preguntarnos: ¿tenía, o no, razón el hijo mayor? Según los criterios de la justicia humana, sí. Este caso puesto en manos de un juez, sería fallado, sin lugar a dudas a favor del hijo mayor. Lo que el padre hizo no cuadra con el críterio de la balanza. ¿Por qué tiene que estar por encima el más sinvergüenza? Esto no cabe en la lógica, ni en la legislación de la justicia humana.

Sin embargo, la respuesta del padre es certera: *hijo, deberías alegrarte porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida*. Como conclusión podemos decir que para la justicia humana prevalece el criterio de balanza, para la justicia de Dios, es decir, para la misericordia, predomina el de "desbalanza", que impulsa a amar más, allí donde hay una mayor carencia o necesidad. En la vida, a menudo, si no se actúa con críterio de "desbalanza", no se hace justicia. En realidad, el único críterio justo en profundidad es el querer a la persona en su individualidad. A veces nos empeñamos en querer a todos por igual, pero al final acabamos por no querer a nadie.

Los reglamentos son importantes, porque son las muletas que ayudan al educador a ir llevando un grupo, pero no se debe olvidar nunca que son muletas y por consiguiente elementos relativizables. Absolutizar reglamentos significa destruir la calidad primera de la pedagogía como arte. Todo arte tiende a la individualidad. Algunos afirman: *yo quiero a todos por igual;* que es como decir que no quieren a nadie en particular. La exigencia de la misericordia es querer a cada uno en su individualidad. Una madre no quiere a todos los hijos por igual, sino que los quiere según su necesidad. Incluso le brinda más cariño a aquél que tiene más carencias. Esto no quiere decir que no los quiera a todos con la misma intensidad de madre.

El criterio de misericordia es querer más, donde hay mayor miseria. Esto es muy importante en el campo reeducativo, en el que los muchachos con más carencias son los que necesitan más cercanía, cariño, preocupación. Y esto no es paternalismo, todo lo contrario, es un cariño que combina la ternura y la fortaleza que toda educación exige.

Según el criterio de justicia humana hay que dar a cada uno, según sus merecimientos. La misericordia, por su parte, impulsa a dar según las necesidades del otro. Frente al criterio unificador de la justicia humana, que tiende a equiparar a todos los hombres ante la ley, aunque no lo haga nunca, está la misericordia que se inclina por aplicar paramétros personales. La misericordía supera así a la fría justicia, porque pone su atención no tanto en la salvaguarda de la ley, sino en la salvación de la persona concreta,

contemplada en su individualidad y circunstancias. La misericordia no afrenta la ley, la relativiza y le devuelve el hálito de sensibilidad humana. La ley no fue hecha para atar al hombre, sino para salvaguardar la libertad del hombre mismo.

La ciencia pedagógica ha avanzado mucho en la terapia personalizada y ha ido perfeccionando las técnicas de tratamiento, pero las mismas por el hecho de dirigirse a la persona, necesitan acompañarse de una profunda sensibilidad humana. La experiencia enseña que, a veces, lo que no consigue la mano técnica, lo consigue la mano amiga.

La misericordia, ese elemento individualizador de la pedagogía cristiana, esa justicia aplicada personalmente, ese lenguaje al corazón de la persona, entretejido muchas veces de pequeños detalles, de silencios acogedores que no hacen preguntas, de saber hacerse "el de la vista gorda" y siempre de compresión, es una de las dimensiones que han caracterizado, a través de la historia, la pedagogía amigoniana.

El Padre Vicente Cabanes nos dice que no son las plantas, ni las flores, ni los cuadros, ni los pájaros, los que hacen de una casa, una familia acogedora, aunque ayudan mucho. Lo esencial es el cariño, la alegría, los brazos abiertos de una madre que cicatriza sus heridas. Este espíritu de compenetración es lo que hace acogedora una casa.

Tercer principio:

Educarlo con un sentido realista de la existencia

Hoy nadie quiere oír hablar de dolor o sacrificio. Todo está hecho con base a lo fácil, lo ligero. Es lo típico de esta cultura posmoderna que nos ha tocado vivir. Hoy nadie quiere hablar de dolor, pero el dolor y el sacrificio continuarán siendo unos componentes de la realidad humana que siempre estarán presentes. Nosotros, al desverbalizarlos, lo único que hacemos es intentar huir de la realidad, que está en el camino humano, y por mucho que queramos, en algún momento, tendremos que abrir los ojos y afrontarla.

Hace poco, para hablar del sentido de la Pasión de Cristo en la actualidad, estructuré una charla que denominé "El mensaje de la pasión en un mundo "light". Hoy el dolor todavía tiene sentido, aunque muchas veces no queramos afrontarlo, pero es que, a la larga, tenemos que hacerlo, porque aunque huyamos de la realidad, ésta siempre será como el sustrato en el que se fundamente nuestra vida.

Vivimos en una cultura donde prevalecen las depresiones, donde la gente, muchas veces, no acaba de encontrar sentido a la vida. Hoy en día, cuando la misma cultura nos habla tanto de deleite y placer, es cuando se encuentran más personas insatisfechas, que intentan encontrar la felicidad por multitud de caminos.

Ante este panorama es aconsejable preguntarse: ¿qué es lo que está faltando a nuestra cultura? Una posible respuesta sería que falta una formación para afrontar el dramatismo de la vida humana. Ese dramatismo, más que trágico, agridulce, propio de la libertad.

La vida es dramática, porque el hombre es feliz en la medida en que aprende a amar, pero sólo puede hacerlo, cuando aprende a ponerse en camino. En la medida que sabe renunciar a algo, que es capaz de afrontar el sacrificio de morir a sus propios gustos, a sus propios quereres para poder hacer un hueco al otro. Si no es capaz de renunciar a nada de sí mismo, nunca hará un hueco a la otra persona. Estará condenado a vivir una soledad solitaria.

Este es el dramatismo. Para amar, el hombre tiene que saber morir y renunciar. La medida de nuestra capacidad de amar está en relación directa con nuestra capacidad de sacrificarnos. De ahí que sea importante aclarar que el sacrificio por el sacrificio, no es un concepto antropológico, ni cristiano, es masoquismo que no construye, sino que destruye.

Recurriendo una vez más al ejemplo cristiano, vemos que Cristo no es una persona que busque el dolor. Lo evidenciamos en ese pasaje, tan dramático y bello del Huerto de los Olivos. Allí Jesús ve que se acerca la hora cumbre y empieza a sudar sangre. Le pide al Padre que si es posible, le quite ese cáliz, es decir ese sufrimiento, pero al final acepta, porque quiere dar al hombre la mayor lección de humanidad. Toda su vida la pasó enseñando el amor y por eso tenía que darles una última lección complementaria: "si desean aprender a amar, tienen que aprender a morir".

En la actualidad es difícil educar en este espíritu de sacrificio, como también hacer entender a las personas que si algo quieren de la vida, tienen que fortalecer su espíritu. Muchas veces educamos "blandengues", jóvenes que no tienen consistencias en la vida, sin plantearnos que un día tendrán que salir del amparo de las faldas maternas y tendrán que afrontar la realidad de la vida, que por su misma naturaleza es dramática.

Muchas personas fracasan en la vida, porque no han sabido autoeducar un espíritu de sacrificio, que les ayude a crecer en humanidad, por el amor y para el amor. San Pablo lo decía con una frase muy significativa: "ya pudiera yo dejarme quemar vivo, pero si no tengo amor de nada me sirve".

No se trata de sufrir por sufrir, pero de lo que si se trata es de afrontar la realidad. Para crecer como persona, en humanidad, el hombre necesita también fortalecer su espíritu para afrontar las dificultades.

Como conclusión, se podría indicar que, para el pensamiento cristiano, la realidad de la vida humana es por su propia naturaleza dramática. El hombre creado para amar, para encontrar su plena realización y felicidad en la apertura a los demás, prefirió históricamente el camino de la autoadoración y del encerramiento. A partir de ese momento, la vida humana se convierte en lucha constante. El hombre siente la necesidad antropológica de amar y ser amado, de encontrarse con el otro, como persona y en libertad, es decir, respetando su propia individualidad, sin posesionarme de él, sin intentar romper el sagrado sagrario de su libertad.

Amar es posible en la medida que uno mismo se ponga en camino, renunciando a ser el centro de toda acción. El enanismo siempre nos persigue y mucha gente busca ser el centro. La resurrección al mundo del otro supone abandonar, no sin sufrir, el desgarro del propio yo, los cerrados horizontes de uno mismo.

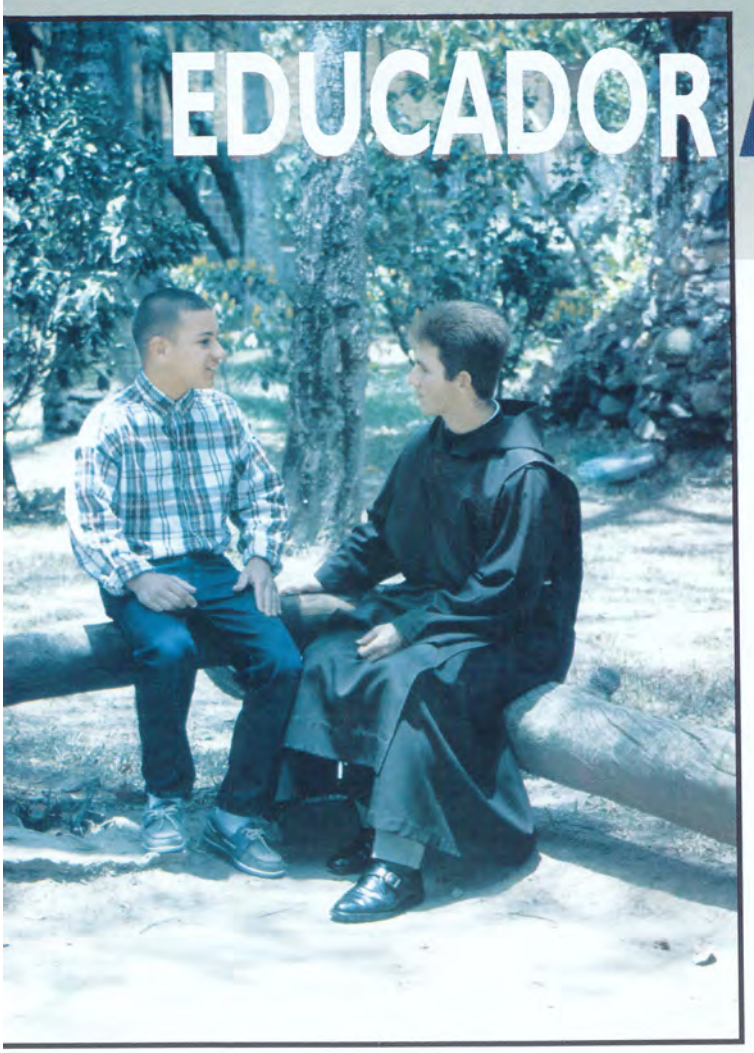
El amar, para el cristiano, está unido a la indisoluble capacidad de enfrentar las renuncias y los sufrimientos que esto conlleva, es decir, a la capacidad de enfrentar con gallardía la realidad humana con sus alegrías y tristezas, con sus gozos y angustias, con sus esperanzas y desencantos.

Es por esta razón que la pedagogía cristiana tiene, entre uno de sus objetivos primordiales, el de potenciar en el educando su capacidad para afrontar la realidad de la existencia humana, que es cruda pero al mismo tiempo gratificante y agridulce. La experiencia pedagógica muestra cómo muchos de los disturbios conductuales que surgen de actitudes de autodefensa ante el dolor, impiden que la gente afronte situaciones difíciles y prefieran huir, y si es necesario, evadirse con las drogas.

Por otra parte, muchas de las actitudes de desprecio, hacia todo lo circundante, que manifiestan algunos jóvenes, tienen su raíz en una educación que no les ha ayudado a tomar conciencia de lo que cuestan las cosas y, sobre todo, lo que cuesta amar y ser amado. El Vaticano II dice al respecto: *con frecuencia la libertad humana se debilita cuando el hombre cae en extrema necesidad, cuando todo es dolor.* En nuestra sociedad, desgraciadamente, hay personas que están en el cúmulo del sufrimiento, a tal punto que al final no asimilan el sufrimiento mismo.

Así mismo, el hombre se envilece -dice también el Concilio- *cuando adquiere una vida demasiando fácil y se encierra en una dorada soledad.* Todo lo contrario sucede cuando vive intensamente, acepta las inevitables obligaciones que la vida social le plantea, asume las multiformes exigencias de la convivencia humana, y se obliga al servicio de la comunidad en que vive. No sin intención, la mayoría de las terapias que actualmente se aplican de cara a la superación de traumas personales y de conflictos conductuales, tienen como uno de sus puntos referenciales el de favorecer que la persona afronte la realidad, fortalezca el carácter y su personalidad, de manera que pueda afrontar la vida sin huidas.

LA FIGURA DEL EDUCADOR AMIGONIANO



La figura del educador amigoniano la asumiremos desde un nivel inspiracional, aunque tenemos el reto de seleccionar lo que consideremos válido y que puede ayudar a la universidad a transmitir, no solamente una ciencia pedagógica, sino también un espíritu pedagógico. Creo que es fundamental en la actualidad, no pensar con el criterio que la universidad solamente transmite ciencia y por ella entendemos sólo conceptos. Una universidad debe transmitir ciencia integral, que comporta el todo. ¿De qué nos serviría formar médicos, sin un verdadero espíritu médico? ¿De qué nos serviría formar educadores sin una verdadera identidad y espíritu educativo? Si la universidad se declara amigoniana, debe tener en el amigonianismo un fundamento que esté al alcance de quién se sienta llamado a seguir esa inspiración, aunque sea solo desde una ética laica.

En 1926, en una carta, considerada por la tradición como su *testamento espiritual,* el padre Amigó escribe a sus religiosos: *vosotros zagales del rebaño del Buen Pastor, sois los que habéis de ir en pos de la oveja extraviada hasta traerla al redil del Buen Pastor. No os asusten, los precipicios en que tendréis que poneros muchas veces para salvar la oveja pérdida. No os arredren los zarzales y emboscadas.*

Estas palabras -que constituyen todo un desafío para la congregación- encierran, como fácilmente pueden verse una alegoría. Una alegoría puede ser leída delante de un grupo determinado de personas y cada una de ellas puede percibir distintos matices, porque el lenguaje alegórico tiene la riqueza de ser sugerente.

Analicemos, pues, ahora esta alegoría amigoniana para discernir qué puede ser válido dentro del ámbito universitario, y para poder traducirlo después a un lenguaje cultural que pueda ser ofertado a todos. Pero antes de profundizar este nivel alegórico de las palabras arriba citadas del padre Luis Amigó, quisiera explicar dos términos:

- el primero es la expresión *zagal*. En definitiva, el término zagal significa colaborador. Cuando el padre Luis nos invita a ser zagales, lo que quiere decir es que tenemos que sentirnos colaboradores.

Para los religiosos, ese término tiene un sentido peculiar porque, visto desde una perspectiva teológica, lo que el padre Luis nos está diciendo es que no tenemos que intentar nunca suplantar la figura del Maestro, sino que tenemos que sentirnos colaboradores suyos. Pero lo que puede tener sentido para los religiosos, desde una visión teológica, puede no tenerlo para quien se acerca desde una visión laica. ¿Cómo podríamos traducir el término *zagal* desde una visión laica? La mejor traducción sería, a mi entender, la de un educador que sienta su vocación de tal. La de un profesional vocacionado que lleve un mensaje a la vida del alumno.

- El segundo término que aparece en la alegoría es el de *llevar al redil*. Desde la riqueza sugerente de la alegoría, este término puede ser interpretado de muchas formas. Si lo hacemos desde un marco jurídico, pudiera significar involucrar al alumno dentro de un sistema jurídico concreto.

  Desde la sociología marxista, por ejemplo, *llevar al redil* invitaría a romper con el marco social existente. Desde un marco ontológico, la expresión podría ser interpretada como ayudar a la persona a que encuentre su propia identidad humana, el camino para ser feliz.

He aquí, pues, un nuevo reto para la universidad que tiene que descubrir el pensamiento en el medio vital en que surge, analizar la validez del pensamiento en el medio cultural en que vive, ver la bondad de ese mismo pensamiento en sí mismo y, en caso de que se reconozca la bondad, estudiar la forma de traducir todo esto para una sociedad actual.

No consiste solamente en decir, sin más, que lo que que se venía haciendo, está bien o mal. Hay que analizarlo en su contexto. Si tiene bondad, adelante; si no tiene bondad, por supuesto, se deja. Para descubrir o no la bondad de las cosas hay que meterse, sin embargo, dentro del espíritu que las anima.

Analizados los conceptos: *zagal* y *llevar al redil,* pasamos ahora a ver un poco, desde esta alegoría que el padre Luis Amigó transmite a sus religiosos, qué es lo que éstos han leído en ella, y lo que han vivido consecuentemente en los cien años de historia que tiene la Congregación. Una de las figuras inspiracionales del espíritu amigoniano ha sido precisamente la del Buen Pastor. Ante la contemplación de esa figura bíblica, la tradición espiritual y, al mismo tiempo, pedagógica de la Congregación ha ido alimentando unas determinadas actitudes y sentimientos. A grandes líneas son las siguientes:

Llamar a las ovejas por su nombre.

En la cultura semita, en la que surge esta expresión, y en las culturas orientales en general, se piensa con el corazón. Nosotros cuando conocemos a alguien, lo primero que hacemos es preguntar cómo se llama. Nos dice el nombre y con eso quedamos contentos. La cultura semita no tenía esa pretensión. Para ellos el nombre denota la identidad de la persona, por eso el nombre es sagrado. Uno sólo tiene derecho a pronunciar el nombre de una persona cuando cree que ya la conoce.

En la Biblia, muchas veces, Dios cambia el nombre de las personas cuando existe un proceso de conversión, de cambio de identidad. El caso más típico es el de Abraham. Al principio se llamaba Abram. En el Hebreo: Ab, es padre y ram grande. Era un gran padre y estaba llamado a ser padre de un gran pueblo. Dios le dice: "tu ya no te llamarás Abram, te llamarás Abraham". Le agrega el sufijo que significa pueblo: *tu serás padre de un gran pueblo.*

Desde esta cultura tiene su lógica el hecho de que en la Bíblia se prohiba pronunciar el nombre de Yaveh. El pecado no estaba en pronunciar el nombre, sino en la pretensión de conocer a Dios. En la cultura semita, *llamar por el nombre* implica conocimiento.

Y hablando de conocimiento, se hace ahora imprescindible profundizar en el verbo *conocer*, que para la cultura oriental es sagrado. Nosotros pretendemos conocer por vía de la inteligencia, el oriental es consciente que solo es posible llegar a conocer a las personas por vía del corazón. Esta es la gran riqueza de una cultura fundamentada en el sentimiento. Se conoce a la persona en la medida en que se le ama, y uno se deja conocer en la medida en que se siente amado.

Nuestra cultura está acostumbrada más bien a ver las cosas desde el punto de vista cerebral, pero cuando empezamos a barajar nuestros propios sentimientos, nos damos cuenta de la gran verdad que encierra la cultura semita.

Pensemos, por ejemplo, que cuando nos encontramos con alguien ante quien sentimos amenazada nuestra identidad, no nos damos a conocer. Evitamos a toda costa ser conocidos, porque eso nos convertiría en vulnerables. Solamente en la medida en que nos sentimos queridos, nos abrimos al otro y nos dejamos conocer por él.

Uno es conocido en la medida que se siente amado y uno conoce en la medida que ama, porque en definitiva el conocimiento profundo de la persona solamente se obtiene en la medida en que se entra en su interioridad sentimental.

Desde toda esta riqueza cultural, se abre una gran perspectiva educativa que los religiosos amigonianos supieron vivir desde los inicios. Y precisamente por ello, el sistema amigoniano valoró siempre como medio óptimo para el conocimiento del alumno, su observación directa. Pero no una observación ejercida con catalejo, para espiar, sino hecha conviviendo con el educando, de manera que éste pudiera sentirse querido.

Para terminar la reflexión sobre el verbo conocer, tengamos en cuenta que se usa precisamente para expresar las relaciones íntimas entre el hombre y la mujer, por ser la fuente mayor de conocimiento, entrega y amor.

Ir delante de las ovejas

Otra actitud del Buen Pastor que influyó mucho en la configuración del ser del educador amigoniano fue precisamente ésta. El Buen Pastor no va detrás empujando, va delante marcando el paso; como diría el poeta: *caminante no hay camino, se hace camino al andar.* Hoy se suele hablar mucho de modelos de identificación. No basta con que el educador, como padre o como madre de familia, diga una determina cosa, hace falta, al mismo tiempo, que aparezca como modelo de identificación. Pablo VI dijo: *nuestra sociedad está cansada de maestros, pero muy necesitada de testigos, de personas coherentes, de personas que manifiesten con su vida lo que verdaderamente dicen creer y dicen que es bueno.*

Ser educador es convertirse en un acompañante válido de camino. Un acompañante que no intente nunca hacer a los otros a su imagen y semejanza.

Buscar a la que se pierde.

Una tercera actitud del Buen Pastor es buscar la oveja pérdida. La tradición amigoniana ha interpretado siempre ese buscar la oveja pérdida, como la preocupación preferencial por los más necesitados.

Dar la vida por todas.

También esta actitud ha tenido, desde el espíritu propio de la congregación, su incidencia en el campo pedagógico. Las palabras del Buen Pastor: *doy mi vida para que otros tengan vida y la doy voluntariamente*, han servido para alimentar ese espíritu de sacrificio y de fortaleza, que hace falta para estar ahí, junto a los muchachos con problemas, sin dar la impresión de se está simplemente por el trabajo, sino haciendo ver que se está ahí porque se les quiere. Cuando hay amor, no hay límites de horarios, de entrega. A mí, personalmente, la expresión *dar la vida*, me gusta traducirla por el humilde verbo *desvivirse*. Desvivirse significa entregarse día a día, sin ruídos, y con renovada generosidad, por aquellos a quienes se quiere.

...El que no es pastor, cuando ve venir el lobo desaparece. El que lo es se queda ahí para afrontar las dificultades.

No huir ante el peligro.

Ha sido ésta, otra de las actitudes que, desde la figura del Buen Pastor, han ido configurando el espíritu y la pedagogía amigoniana. El que no es pastor, cuando ve venir el lobo desaparece. El que lo es, se queda para afrontarlo. La labor que se emprende con el menor desadaptado no es fácil. La gente se cansa ligero porque es un trabajo que exige mucha entrega y, a veces, retribuye muy poco. No es como en la enseñanza normal, que da fáciles gratificaciones. En el mundo de la educación de los jóvenes desadaptados, las compensaciones, cuando llegan, si llegan, tardan en hacerlo. Lo importante es no huir, estar pendiente, mantenerse en pie y firme a pesar de las dificultades.

Aparte de todas esas actitudes que fueron marcando su *ser* y *hacer,* la congregación sacó, de la parábola del Buen Pastor, otras enseñanzas:

- una, la necesidad de encarnarse, de estar presente en la vida de los muchachos, de convivir con ellos, de procurar conocerlos por vía del corazón, de compartir alegrías y tristezas;

- otra, la complementaria necesidad de la fortaleza de espíritu, de estar dispuestos a sufrir lo que haga falta, con tal de llevar adelante la educación de los jóvenes difíciles.

Aparte de la figura del Buen Pastor, otro de los modelos que han contribuido a la configuración del ser y hacer amigoniano, ha sido la figura de la Virgen de los Dolores, que el padre Luis dio a la Congregación como patrona y protectora. En ella se descubre una verdadera vocación de amor. Desde el ámbito del dolor, la Virgen ofrece a la espiritualidad y a la pedagogía amigoniana la misma lección de amor que se desprende del Buen Pastor. Es *Virgen de los dolores* porque es, al mismo tiempo, *Virgen de los amores*. Si detrás de cada uno de los dolores supiéramos descubrir la lección de amor que se esconde, nos daríamos cuenta que para la tradición amigoniana, la figura de la Virgen de los Dolores ha aportado los mismo sentimientos de vida y de actuación que hemos descubierto en la figura de Cristo. Ella es como un espejo que refleja las mismas actitudes del Buen Pastor, pero desde el ámbito de la maternidad, de la feminidad y del dolor.

Perfil del educador amigoniano

El perfil del educador amigoniano, se asienta en los fundamentos cristianos que sustentan el pensamiento amigoniano. El valor más grande de toda la pedagogía amigoniana es, sin duda, el espíritu que anima al educador, la identidad ética del mismo. Y es precisamente en la configuración de dicha identidad, donde la relación existente entre carisma y pedagogía, adquiere su mayor fuerza expresiva.

La relación vital que se establece a través de la figura del educador entre el pensamiento cristiano y la pedagogía amigoniana, humaniza a ésta de tal modo, que no puede clasificarse con justicia dentro de algunos sistemas pedagógicos existentes sin hacer las debidas matizaciones.

A continuación se abordará metodológicamente, la inspiración cristiana del educador amigoniano desde estas dos perspectivas: *educador por vocación* y *educador inspirado en el Buen Pastor*.

Educador por vocación. Con la palabra vocación sucede algo similar a lo que pasa con la palabra espiritualidad, que surge también en un contexto religioso. Pudiera pensarse, en un primer momento, que su contenido sólo es válido para quienes aceptan, de un modo explícito, la dimensión trascendente en sus vidas. Sin embargo, el contenido antropológico que se ha querido expresar clásicamente con el término vocación, trasciende el ámbito de lo religioso y queda recogido en las sociedades pluralistas con distintas expresiones. Por ejemplo, la ética profesional recoge en esencia lo que tradicionalmente ha animado el ámbito vocacional.

La pedagogía como ciencia y arte humanista que es, necesita para su adecuada actuación, establecer entre el profesional de la educación y el educando, una relación personal. No se trata con objetos, sino con personas. Y esta relación, a la que sin duda contribuye eficazmente la aplicación de las técnicas apropiadas, se favorece también con las cualidades personales del profesional que le permiten establecer una comunicación franca y cordial con el otro. Es importante tener unas aptitudes adecuadas para ejercer una determinada profesión, y estar, al mismo tiempo, dispuesto a desarrollarlas con una generosidad capaz de superar las estrictas obligaciones de lo legal.

Educador inspirado en el Buen Pastor. Históricamente la dimensión vocacional del Educador Amigoniano se ha inspirado en la parábola bíblica del Buen Pastor. En el trasfondo de la acción, aparecen en contraposición dos personajes: el pastor, dispuesto a dar la vida por la ovejas, porque las quiere, y el asalariado, que está con la ovejas, pero su pensamiento y su corazón están en otra parte.

El padre Luis Amigó, como se ha visto ya, invitaba a sus religiosos a trabajar por los jóvenes marginados como *zagales*, como colaboradores. La tradición viva de la Congregación, a la luz de esta sugerente figura, ha entendido que dicha colaboración exige por igual en el ánimo del educador, generosidad, entrega y fortaleza. Una generosidad inspirada directamente en la figura del Buen Pastor que da la vida libremente, es decir, se desvive para que otros tengan vida y la tengan en abundancia. Junto a la generosidad está la fortaleza de ánimo, que se necesita para no huir ante las dificultades, y afrontar con gallardía, como dice la antigua tradición, las fatigas, fastidios y disgustos que se derivan del específico apostolado.

Ahora bien, la figura del educador vocacionado, no debe entrar en conflicto con la realidad que nos ofrece una sociedad profesionalizada. La justicia social que ha recorrido en este siglo, que nos toca vivir su verdadera andadura, constituye uno de los grandes méritos de nuestra civilización. Sus avances han aportado nuevos y positivos valores a la cultura actual. No se trata de añorar patrones laborales con interminables horarios de trabajo ya superados, ni tampoco de renunciar a los justos logros sindicales. No sería lógico, ni mucho menos justo.

Creo que actuar hoy la dimensión vocacional en la línea amigoniana, implica tan sólo unir a la adecuada preparación técnica, la necesaria disposición y generosidad de ánimo, para que el educador, no solo sepa estar entre sus educandos, sino que sepa ser, y ser entre ellos, una persona que les acompañe, les anime y corrija, les escuche y hable; una persona que comparta sus sentimientos y actividades y, sobre todo, una persona que les quiera y se haga querer de ellos.

Conocer a sus alumnos por vía del corazón.

El Buen Pastor llama a cada oveja por su nombre, las conoce personalmente y es reconocido por ellas. Entramos así en toda la dinámica del conocimiento propuesta en la Bíblia; un conocimiento entretejido -como se ha dicho antes- más de vida, que de conceptos; un conocimiento que viene por vía del corazón. Sólo relacionándose personalmente con el otro, se le conoce en profundidad, porque sólo entonces se comparte el ser.

Aprender por experiencia la ciencia del corazón humano, es una frase empleada por el padre Luis Amigó. Y se ha constituido en una de las máximas aplicadas por los terciarios capuchinos en su labor educativa. Los mismos estudios sicopedagógicos que el sistema amigoniano ha aplicado, desde sus inicios, para favorecer con la técnica el conocimiento del alumno, ha tenido como principal sustento la observación y la convivencia.

Educarlos con el ejemplo.

El testimonio de vida es, como decía el padre Luis Amigó, el mejor predicador y su fuerza de persuadir irresistible. El Buen Pastor, caminando delante de las ovejas, se constituye en camino y modelo de identificación para ellas. En la tradición pedagógica amigoniana, esta actitud ha encontrado su mejor expresión en el compartir. El educador no es un mero espectador o un simple dirigente de la acción educativa, él mismo se compromete en ella participando activamente en las distintas tareas del grupo.

El padre Domingo de Alboraya, en las memorias que publica en 1906, al inicio de siglo, escribe sobre la Escuela Santa Rita: *los cargos de la escuela no son meramente directivos y de vigilancia, sino que los religiosos forman parte muy principal, con cuanto se ordena a los alumnos. No dicen al muchacho haz esto, sino hagamos esto, predicándoles siempre con el ejemplo,* y añade: *el educador come con sus alumnos de la misma olla, con ellos trabaja y con ellos se solaza participando de sus mismos juegos.*

Preferir a los más necesitados.

Cristo se presenta ante la sociedad del tiempo, como aquél que ha venido a buscar lo que está perdido y a sanar al que se encuentra enfermo. Es en definitiva la dimensión misericordiosa del evangelio a la que hemos hecho referencia

El padre Luis Amigó invita a sus seguidores a que vayan en pos de la oveja descarriada, sin temor a perecer en los despeñaderos y precipicios que tendrán que afrontar. La tradición amigoniana ha traducido al terreno pedagógico esta preocupación espiritual del fundador, proponiéndose, como uno de sus ideales, despertar en el ánimo del educador la sensibilidad, la creatividad y fortaleza suficientes, para saber descubrir en cada momento cuáles son los jóvenes más necesitados y sus carencias más perentorias, para saber ofrecer, en cada caso, una respuesta eficaz, haciéndosele el encontradizo, como la misma tradición indica, con quienes tienen más dificultades para ofrecerles una solución a la medida.

EL AMBIENTE EDUCATIVO

El ambiente educativo es el resultado del modo con el que los religiosos han sabido estar entre los jóvenes. Y este modo de *ser* y *estar,* además de inspirarse en la figura del Buen Pastor y de la Virgen de los Dolores, recibe también una influencia importante por parte del espíritu de San Francisco de Asís.

Los terciarios capuchinos hacen parte de la familia franciscana y no se puede comprender bien la historia del sistema si, al menos, no se intenta captar los orígenes de dicha inspiración. Una cosa es que se esté, o no, de acuerdo. Otra, que se considere, o no, válida la inspiración. Pero lo cierto es que, si queremos ser científicos en el análisis de la historia amigoniana, debemos hacer el esfuerzo por comprender si en la mentalidad de esos hombres, los amigonianos, hubo lógica, es decir, si partiendo de determinados principios, actuaron en consecuencia, o no.

No obstante, antes de adentrarse en el espíritu franciscano y ver en qué modo y manera influyeron sus valores en la configuración del sistema amigoniano, puede ser interesante conocer, aunque sea a grandes rasgos, la figura de San Francisco. Para ello, primero tenemos que desmitificar su figura física. Ciertamente no era el galán Hollywoodiano que vimos a través de las películas, especialmente, Hermano Sol Hermana Luna. San Francisco era más bien bajito y poco agraciado y tuvo una gran virtud: no haber nacido santo.

En su juventud fue una persona común y corriente. Su juventud no puede describirse como virtuosa en el sentido más católico de la palabra. Le gustaba vivir, divertirse como toda persona de la época. Buscó la felicidad por mil caminos, pero no acababa de sentirse feliz. Una cosa grande si tuvo: era una persona muy sensible. Todo esto, todo el ruído de la vida, rebotaba en él. Después, él se dio

cuenta que se había equivocado y la experiencia de sus debilidades juveniles lo humanizó profundamente.

El hombre que no toma conciencia de sus propias limitaciones, difícilmente puede entender las limitaciones de los demás. Si una persona quiere trabajar con los menores desadaptados, el primer paso personal que debe dar, no de tipo religioso, sino de tipo humano, es darse cuenta que esos muchachos, en el fondo, están expresando cosas que todas las personas, de alguna manera, han experimentado en su vida.

El proceso de conversión de Francisco hacia la identidad humana, (en definitiva, lo que se encierra detrás de la palabra conversión, es una transformación, un caminar hacia la identidad humana) fue más bien lento. Su conversión empieza el día en que le habla el Crucifijo de San Damián. Posteriormente, se encuentra con un leproso que le daba verdadera repugnancia e intenta tirarse a un lado, pero algo dentro de él le impulsaba a abrazarlo y besarlo. Cuando lo hace -él mismo nos transmite este sentimiento- lo que le parecía amargo se le tornó en dulzura de cuerpo y espíritu. Este fue su proceso de transformación; un proceso lento hacia el amor, hacia la identidad humana. Pero conforme crecía en el amor, se iba transformando en un hombre libre.

Hay dos anécdotas que nos dejan entrever claramente su libertad de espíritu. La primera tiene que ver con los ayunos propios de la Iglesia medieval, que eran una cosa de respeto. Uno de esos días de ayuno y abstinencia, en que los frailes casi no habían comido se fueron a dormir temprano. Estando ya acostados los frailes, Francisco oyó unos quejidos que provenían de aquella especie de dormitorio. Eso le preocupó y preguntó qué pasaba. Al principio nadie le contestó. Pero llegó el momento en que uno de las frailes, con mucho sonrojo, le dijo que era él el que se estaba quejando. Francisco le preguntó que qué le dolía y él le dijo que tenía hambre. ¿Saben cuál fue la reacción de San Francisco? Despertó a todos los frailes, mandó preparar una cena y bajó junto con él, para cenar con toda la comunidad. Así se cargó de un plumazo la ley del ayuno y de la abstinencia. Era libre por el amor.

Añade, además, el biógrafo del santo, que éste mandó que toda la comunidad fuera con el hermano, para que nadie le molestara. Por encima de todo, había entendido que lo único que no debe ser relativizado desde la cultura cristiana es el amor y, a su vez, el amor puede relativizar todas la leyes.

La segunda anécdota, también en un contexto de ayuno y abstinencia, sucedió un día de Navidad, la gran fiesta que San Francisco siempre tuvo cerca de su corazón. En esa oportunidad, la celebración caía en viernes, y el santo mandó preparar una buena comida para los frailes, con buena cantidad de carne para que verdaderamente fuera alegría integral de cuerpo y espíritu. Pero había, entre ellos, algunos legalistas, que, al oler la carne, acudieron preocupados a decirle que, por ser viernes, no estaba permitido, según sus reglas, la carne. San Francisco, en una de las pocas veces que perdió un poco la serenidad, posiblemente por lo inmaduros que los vio de acuerdo a la ley del espíritu, los envió a la cocina y les ordenó pintar con la grasa sobrante las paredes del comedor, para que en un día de tanta alegría, hasta las paredes comieran carne.

Verdaderamente, era un hombre profundamente humano. Su figura no sólo es seguida por los cristianos, incluso muchos musulmanes lo respetan, porque en él se trasluce ese trasfondo de humanidad, que atrae más allá de cualquier idea religiosa. Fue un hombre libre y al mismo tiempo fue transfigurado en un hombre compresivo hacia las debilidades de los demás. Fue un hombre que supo acoger a los que habían fallado en la vida, porque él tenía conciencia muy clara de sus propias debilidades.

Conozcamos otra anécdota, ocurrida en Gubio. Había allí un lobo, que hacía muchos destrozos. Todos querían matarle, pero nadie lo conseguía y el animal continuaba haciendo el mal. Un día San Francisco se acercó al lobo con cariño y el lobo se amansó. Francisco no sólo se hizo amigo del lobo, sino que logró también reconciliar al animal con la ciudad. Cuenta la leyenda que comprometió a aquellas gentes a que, cada día, una familia alimentara al lobo para que no tuviera que matar para comer. Con el tiempo, el lobo se hizo muy viejo y hasta los últimos días estuvo convertido en un manso cordero que se paseaba por la ciudad. Los vecinos no dejaron de darle de comer y nunca más molestó a las personas.

Todo este espíritu de humanidad, sencillez, libertad, acogida y alegría influyó en el ser de la Congregación, confiriendo al talante amigoniano un tono especial de *paciencia, alegría* y *hospitalidad.*

Educador paciente.

Sólo puede acercarse amigablemente a sus alumnos, para conocerles y constituirse en ejemplo para ellos por su integridad de vida, aquella persona, aquel educador, que es paciente con ellos. La paciencia tiene, dentro de la mística del espíritu franciscano, como principal connotación el valor de la humildad. Difícilmente se puede ser paciente sin tener la suficiente humildad, la suficiente sencillez para aceptar al otro. Precisamente este binomio paciencia-humildad, paciencia-sencillez, es uno de los grandes aportes que la mística franciscana hace a lo que podríamos llamar escuela pedagógica amigoniana.

Es, al respecto, precioso el texto del propio San Francisco que dice: *no haya en el mundo hermano, que por mucho que hubiere pecado, se aleje jamás de ti sin haber obtenido tu misericordia. Y si mil veces volviere a pecar ante tus ojos, ámale más que a mí para atraerle al Señor*. Sólo con paciencia puede el educador dominar el desasosiego, que muchas veces le invade, ante los resultados de su labor educativa. Por otra parte, sólo al educador paciente y comprensivo acaba abriendo su corazón el educando, que termina respetándolo, no por temor, sino por amor.

Educador alegre.

La virtud de la alegría, tan valorada por San Francisco, es también otro componente de la identidad del educador amigoniano. San Francisco llega a decir a sus frailes, que se guarden de mostrarse tristes exteriormente o hipócritamente ceñudos. Eso sí los motiva para que se muestren gozosos en el Señor, alegres y debidamente agradables. Es consciente que sin alegría, nuestro testimonio de vida, como personas, no es atrayente para los demás. Sin alegría, difícilmente se puede desarrollar entre los jóvenes una labor educativa. Los jóvenes educandos, aparte de ver que sus educadores son joviales, necesitan comprobar que están alegres y contentos de estar con ellos. El educador, que entre sus alumnos, da la sensación de tedio por su labor, pierde para con ellos toda credibilidad.

Educador acogedor.

Otra cualidad es saber acoger y aceptar como son a los alumnos. San Francisco valora de forma extraordinaria esta virtud y tiene un texto, con una gran incidencia en el campo pedagógico: *todo aquel que venga a ellos, dice a los frailes, amigo o adversario, ladrón o bandido, debe ser acogido benignamente*. Consciente de que no necesitan médico los sanos, sino los enfermos, es también sabedor que un gran medio de transformación, quizá el principal, de la persona que va por el mal camino, radica en la dulzura y comprensión con que se le acoja desde el primer momento.

El valor de la hospitalidad y de la acogida, constituye un nuevo aporte al ser amigoniano y a la pedagogía amigoniana, porque de la acogida que se le de al educando, en un primer momento, y del afecto con que se le rodee desde el inicio, depende gran parte del éxito posterior de la tarea educativa.

Por otra parte, son estos tres valores y otros que con ellos tiene connotaciones, los que siempre han hecho del espíritu amigoniano un espíritu de familia y han logrado, no sólo que las comunidades amigonianas vivan con ese tono familiar, que las caracteriza, sino que incluso los visitantes se sientan en familia. Traduciendo esto a un lenguaje pedagógico, diríamos que son estos tres valores: la paciencia, la alegría, la acogida los que pueden hacer que la labor educativa amigoniana tenga un verdadero carácter familiar.

En conclusión, pues, el espíritu franciscano, asumido en los inicios del ser de la Congregación, deja también su impronta en la persona del educador y se deja traslucir, particularmente, en la amabilidad con que acoge a los alumnos, en la sencillez y afabilidad con que los trata durante todo el proceso educativo, compartiendo con ellos sus sentimientos y tareas. Los religiosos, enseña la primera tradición amigoniana, harán en el centro las veces de padre, dispensando a los jóvenes desde el momento de su ingreso, cuantas atenciones necesiten, no escatimándoles nunca cariño.

El Padre Vicente Cabanes, uno de los primeros amigonianos, además uno de los primeros promotores del movimiento científico de la Congregación, añade: *el proceso educativo comienza con una acogida paternal. Si al pisar por primera vez los umbrales del establecimiento el joven se encuentra con un hombre serio, un educador o una educadora, con una rigidez y una frialdad pétreas, si las primeras palabras que escuchara fueran de reproche y de ironía, exigentes y reprochadoras, a ese pobre muchacho podría volvérsele la casa como una cárcel; no sería nunca para él un centro educativo.*

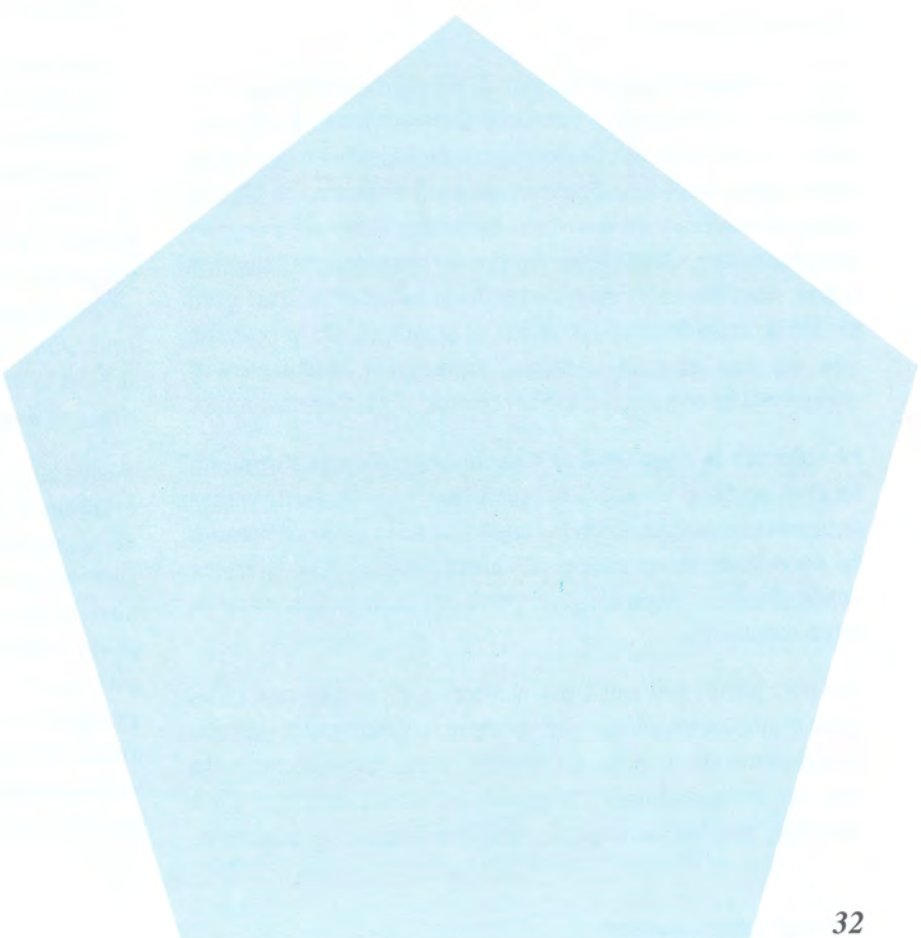
El manual de pedagogía amigoniana publicado en 1985, recogiendo estas enseñanzas, expresa al respecto: *el recibimiento del joven debe ser cordial sin reticencias, ni suspicacias, comprensivo del estado en que se encuentra el joven y respetuoso, ya que es una persona a quien se recibe. La convivencia del educador con los alumnos, su presencia afectuosa y asequible, sin ser nunca absorbente, ofrece seguridad y cohesión al grupo, ánimo y estímulo al individuo, autoridad y liderazgo al educador, liderazgo no tanto otorgado por el cargo, cuanto por la entrega y disponibilidad.*

Para finalizar, quisiera ofrecer una visión del ambiente educativo que ha rodeado la acción formadora de los amigonianos. El mismo es, por su propia naturaleza, la síntesis más lograda y la expresión más visible de todo el sistema educativo amigoniano. Uno de sus ideales ha sido el de crear en el centro educativo, ese ambiente familiar del que, generalmente, han carecido los jóvenes marginados. Este ambiente familiar, en cuya creación intervienen diversidad de factores estructurales, ambientales y, por su puesto, formativos, se ve favorecido particularmente, por el clima de relación personal que se

establece entre sus distintos integrantes.

En la familia natural la creación de dicho ambiente de relación personal depende, en gran parte, de los padres quienes con una actuación positiva y al mismo tiempo respetuosa con la libertad individual de cada miembro, van fomentando junto con todos los integrantes de la familia, una convivencia franca y cordial, un diálogo abierto y sincero. En consonancia con lo anterior, la pedagogía amigoniana ha cuidado desde sus inicios, que sus centros, desde su misma estructura material, hasta los más pequeños detalles de la marcha educativa diaria, respiren un aire de familiaridad, que se ha visto favorecida por la sencillez, afabilidad, participación, cercanía y empatía con que los educadores han sabido tratar a los alumnos contribuyendo así, positiva y eficazmente a fomentar una convivencia espontánea y alegre.

Se podría decir por ello, que el ambiente familiar que ha caracterizado a la pedagogía amigoniana, ha sido favorecido en gran medida por la actitudes que desde el ser de la congregación han informado la actuación de sus educadores. En este mismo sentido, se puede concluir que el ambiente familiar constituye la síntesis mas expresiva de la simbiosis que se establece en la tradición amigoniana, entre carisma y pedagogía.



HACIA UNA CONFIGURACIÓN DE NUESTRA IDENTIDAD AMIGONIANA

Luz Fedra Rúa Gutiérrez
Psicóloga
Directora Centro Regional Bolívar

Introducción

La identidad es un encuentro con uno mismo que se forma a partir de los espacios potenciales que faciliten el desarrollo de las personas como seres antropológicos, psicológicos, sociales y culturales. Por esta razón, el proceso de adquisición, desarrollo y solidificación de ésta es largo, continuo y coherente.

La programación concebida para lograr una verdadera Identidad Amigoniana, en cada uno de los miembros que conforman a Luis Amigó, no puede ser concebida como momentos aislados sino como un proceso conformado por distintas fases con interrelaciones e interdependencias que van armonizándose hasta llegar a conformar una unidad compleja.

Nuestra Universidad como Institución está formada por personas que tienen desempeños administrativos, académicos y de proyección social, y en la conjugación de estos roles se configuran el espacio para la construcción de la identidad. Por tanto, cada una de las fases de desarrollo en la consecución de la identidad que tiene que utilizar como plataforma de desempeño humanístico que cada persona ejecuta en sus espacios laborales, de interacción social y cultural. Pues, no es posible formar una "conciencia"o "actitudes de vida" Amigoniana si cada uno de nosotros no trata de transformar los ambientes en los que cotidianamente nos desenvolvemos. Esto debería verse expresado en el tipo de relaciones intra e interpersonales que propiciamos en todos los niveles, con los compañeros, con los docentes, con los directivos; en la planificación y ejecución diaria de las propuestas de trabajo académico y laboral; en las oportunidades reales de desarrollo y fortalecimiento de la academia; en la calidad de liderazgo administrativo que estamos generando al interior y exterior de nuestra institución educativa. La identidad amigoniana se adquiere actuando amigonianamente.

Teniendo en cuenta lo anterior hemos ideado el programa de Identidad Amignoniana en el Centro Regional de Bolívar:

Fases

1. Sensibilización:

En el inicio de todo proceso humano es fundamental la persuasión de los interlocutores sobre sus cosmovisiones que generan seres únicos e irrepetibles, sin olvidar la dimensión social que crean espacios potenciales donde la tolerancia y la responsabilidad enriquecen dichas cosmovisiones en disenso

Las bases de esta fase son:

- La diferencias: como dimensión bioantropológica.
- Conocimiento de la comunidad religiosa y la comunidad universitaria amigoniana.
- Pertenencia, pertinencia y relevancia del Plan de Desarrollo de la universidad como fortaleza de la identidad amigoniana.

Es necesario percibir las bases en una interdependencia compleja y unitaria, no como yuxtaposición de contenidos, de ahí, que todos los eventos a desarrollar se presentarán con difuminación de las fronteras entre si.

Nosotros proponemos que en la medida en que se presenten estos indicadores podríamos evidenciar el desarrollo de la sensibilización.

a) Identificación y desarrollo de los valores amigonianos expresados en la solidaridad y convivencia armónica de los miembros.

b) Actitud de aceptación y respeto de la potencialidades de los otros (compañeros de CIPAS, trabajo e interinstitucional).

c) Incremento de las propuestas de intervención de la problemática que afecta la calidad de vida de la niñez, de la juventud, de la familia y de las sociedades.

2. Actividades

Tiempo aproximado : seis meses. Cada mes se realizará por lo menos una actividad.

2.1. Seminario Taller. Historia, filosofía y valores de la propuesta de vida de Luis Amigó.

Dirigido a:

Asesores

Estudiantes

Empleados

Familia de los usuarios de la universidad.

Docentes, directivos, docentes de instituciones educativas y centros de práctica

2.2. En la cartelera o diario mural, como en los espacios físicos en los que se desarrolla la actividad laboral y/o académica colocar temas o frases de reflexión acerca de la configuración de la "Conciencia Amigoniana". Jefes de programas, asesores, los representantes de grupo, pueden liderar esta actividad.

2.3. Seminario taller dirigido especialmente a los docentes en donde se les sensibilice en cuanto a su función formadora de actitudes y valores; sobre la importancia de la coherencia comportamental con lo que pensamos y decimos; adicionar a la academia planes de estudio y estrategias metodológicas como el interior de las sesiones presenciales, la consecución del liderazgo Amigoniano.

2.4. Utilización del CAPI como espacio de encuentro de conocimientos y reflexión de los valores que integran el liderazgo amigoniano.

3. Fase de Reflexión

El proceso de reflexión consiste en "dialogar con uno mismo" sobre las dimensiones humanas y su relación con los principios y fines que regulan la vida institucional, en este caso la Universidad. Es el medio por el cual cada miembro de la misma empieza a analizar, diferenciar, complementar y contrastar sus propias percepciones con la realidad que plantea el otro. Estos análisis y verificaciones se conjugan para el desarrollo de la alteridad. Es decir, la posibilidad de existencia del otro garantiza mi existencia iniciándose un proceso constante de crisis y cuestionamientos ante la gran diversidad de alternativas y cosmovisiones que plantea la visión de una sola realidad, cuando somos capaces de enfrentarnos a la "crisis" estamos en el proceso de construcción y negociación del mundo Axiológico- Teleológico, como impronta del quehacer que desempeñamos ya sea en el área administrativa y/o pedagógica. De este examen detenido debería resultar la identificación de lo que somos y de lo que nos diferencia de los demás, es el instante de la creación de la conciencia, que le da sentido a mi pertenencia institucional y hace parte de mi proyecto de vida personal. En la medida que introproyectamos los constructos y valores nos acercamos a la caracterización de nuestra Identidad.

Por tal razón, si en la sensibilización era necesario hacer énfasis en el conocimiento para crear inquietudes dentro de nosotros al constatar de que había una manera diferente de participar al interior de mi institución laboral, en la reflexión, la contrastación con el otro debería unificar y clarificar lo que distingue mi entidad educativa como tal y llevarme a cuestionare si lo que Yo Soy es congruente con lo que Ella plantea.

El desarrollo de esta fase tendrá como plataforma las siguientes actividades:

3.1. Talleres Vivenciales, dirigidos a:

- Docentes
- Directivos
- Estudiantes Representantes de grupo

Participantes de los Capi

Convivencias por semestre

En donde se conforme y examinen el proyecto de vida personal, el cual orienta mi propio proceso de desarrollo y crecimiento, contextualizándolo con los valores amigonianos. Luego, se socializará a través de subgrupos lo que cada uno plantea para permitir el enriquecimiento mutuo con el fin de compararlo con la Misión Institucional, perfil profesional que plantea la Universidad y Plan de Desarrollo de la misma.

3.2. Lectura hermeneútica de textos sobre la vida y obra de Luis Amigó que conduzcan a la apropiación de esas cualidades con la perspectiva de aplicarlos en el que hacer diario, propiciando la participación de ensayos y escritos de diferentes estudiantes con la posibilidad de ser publicados en el diario regional y al interior de la institución.

3.3. Foro Interinstitucional en donde participen representantes de las diversas universidades católicas de la región alrededor de la temática: identidad y misión institucional, con el fin de presentar lar diversas cosmovisiones para la formación de los profesionales y proyección comunitaria.

3.4. Durante la Semana Universitaria propiciar el primer encuentro institucional sobre "Visión Amigoniana: una opción Ética para el hombre de hoy", por las conclusiones del Foro Interinstitucional; el cual podría ser liderado por los distintos colectivos de ética de los Centros Regionales y la Sede.

4. Compromiso

El resultado de la crisis que se generó en el proceso anterior debería ser la elección voluntaria de dicha visión dentro de mi opción de vida personal y laboral. El compromiso está mediado por la Autonomía y la Responsabilidad individuales al decidir vivenciar un conjunto de actitudes que he tenido la oportunidad de elegir voluntariamente, es considerarse y sentirme elemento clave y fundamental para que lo planteado se lleve a cabo. Estimar en su justo valor el desarrollo de mis talentos para la consecución de los objetivos, disfrutar el ejercicio de mis aptitudes en las funciones que desempeño propiciando un clima de convivencia y tolerancia para poder crecer con los aciertos y desaciertos de los demás. Es hacer consciente el inconsciente colectivo que nos mantiene unidos a este proyecto institucional, es la vinculación de mi integridad como Ser en el proceso académico y/o administrativo que deseo construir.

En última instancia, es lograr la congruencia entre la realidad fáctica y la realidad discursiva.

Al darse ese proceso de opción elegida se convierte en un Arquetipo en la concepción de "expresión perfecta de la vocación" en la medida en que mi entorno se sintonice y sea armónico con lo que he introyectado.

Esta fase de búsqueda de la Identidad Amigoniana implica el desarrollo de las siguientes actividades.

a) Reflexiones dirigidas a:

Directivos

Docentes

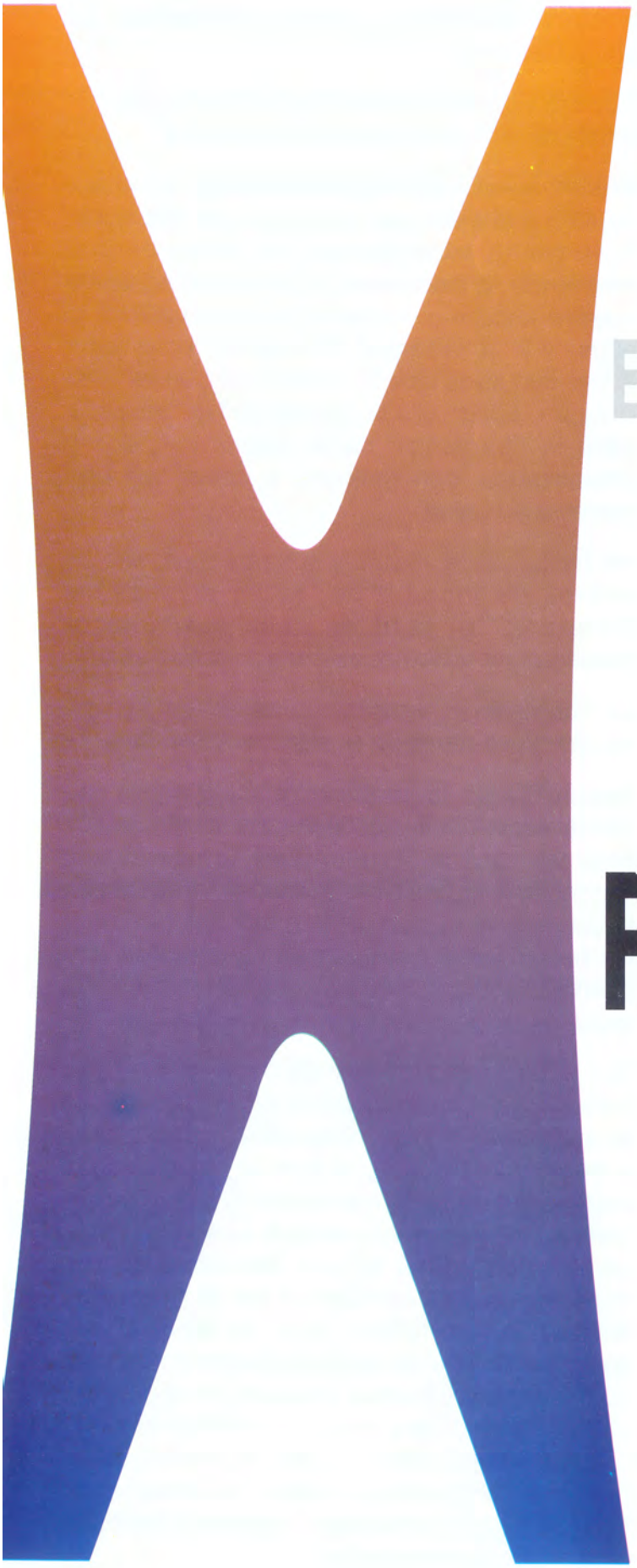
Estudiantes.

Sobre el self individual y su proyección en el self institucional con el fin de propiciar el encuentro y la identificación entre ambos.

b) Pensar en la posibilidad de crear un estímulo a los docentes, estudiantes y egresados que se encuentren desempeñando una labor comunitaria meritoria que esté acorde con los valores amigonianos. Podrían participar miembros de los Centros Regionales y los de la Sede.

c) Al interior de los CAPI desarrollar un plan que esté encaminado a la reflexión, construcción y refuerzo de la actitud de compromiso en los participantes. Teniendo en cuenta los diversos roles que se desempeñan.

d) Incrementar los convenios interinstitucionales con Organismos No Gubernamentales y Gubernamentales que tengan como Misión Institucional propender por el mejoramiento de la calidad de vida en la región. Esto nos permitiría traducir en realidad este objetivo planteado en nuestra Filosofía Universitaria.



INQUIETUDES ACERCA DEL AMIGONIANISMO EN LA UNIVERSIDAD

Oscar Millán González
Estudios en Psicología
Director Centro Regional Valle del Cauca

Preguntar para reflexionar, sobre los efectos que produce adentrarse en la vida de Luis Amigó y desde ella, buscar el amigonianismo, para verificar su carisma y permear la Universidad con tal espíritu, es bastante apasionante. Y empezamos:

- ¿Cuál es el espíritu amigoniano?, ¿qué significa "Espíritu Corredentor" en la vida universitaria?
- ¿Qué significa "Zagal del Buen Pastor en la cotidianidad de la educación superior?
- ¿Qué significa "Cooperar con el redentor en su obra salvadora y libertadora", al funcionar como miembro de una comunidad de estudios de las ciencias del hombre?
- ¿Cómo abordar la misericordia, en el espacio de la Universidad, "para ir en pos de la oveja descarriada hasta volverla al aprisco del Buen Pastor"?

Desde la compresión del significado de colaboración y cooperación, como el camino hacia la autonomía, como la búsqueda del equilibrio permanente entre unanimidad, reciprocidad, libertad, espontaneidad y objetividad, etc., la llamada amigoniana exige participación plena en la misión institucional de "generar, conservar y comunicar el conocimiento con un espíritu ético, solidario, de autogestión y convivencia..."

A veces al interior de la Universidad, la polarización de esquemas, de puntos de vista diversos, posibilita vislumbrar, lucha de poderes y de grupo de presión y choque, que impiden visualizar horizontes de mayor dimensión.

Estas escaramuzas, pervierten el deseo del Padre Amigo de "... Anden siempre solícitos en el servicio de los prójimos ..."y "...en la búsqueda de la oveja descarriada".

Hay miembros de la comunidad universitaria que nos incomodan, que nos alteran, pues ven "otra universidad" y por lo tanto no cooperan en la construcción de una universidad "PEREGRINA DEL SER", buscadora y rescatadora de prácticas sociales, de justicia social económica.

La reflexión, no ha sido la estrategia adecuadamente usada para repensar la universidad y convocar permanentemente la asimilación y acomodación (J. Piaget) como mecanismo de adaptación, socialización o readaptación y resocialización.

La mística del Padre Luis Amigó nos indica una dimensión social en el cambio personal del extraviado, mostrándonos que su participación cooperativa al misterio redentor, debe tener siempre tal dimensión. Es así como sus obras tienen una marcada orientación hacia la reforma social consistente en "reformar a los hombre para vivir en sociedad". Y ¿cómo vivimos en nuestra sociedad laboral universitaria amigoniana?

Poco a poco, hemos entendido que debemos explorar, nuestros esquemas de universidad, nuestros modelos a veces estereotipados de universidad, con rigidez de hábitos y con posturas ideológicas, que se vuelven incoherentes con nuestro discurso, cuando hablamos de amigonianismo.

Nuestra vida en la universidad no ha llegado con fortaleza, a la participación cooperativa.

Nos impacienta, aquel que no arriesga, aquel que no rompe el esquema, aquel que no nos sigue. A veces lo expresamos sin misericordia, invocando la franqueza y la sinceridad como nuestro escudo y olvidando la individualidad, la pausa y la cotidianidad del esfuerzo para llegar a "ver con otros ojos lo mismo que otro ve". Así desaprovechamos una oportunidad de "cooperar para la liberación" de esquemas rígidos y cristalizados, con respecto a cómo "ser una universidad única"

No basta que la misión y sus objetivos, sea de interés de todos y por todos alcanzados (cooperación) también debe posibilitarse movilidad de nuestras estrategia (deliberación).

La cooperación amigoniana no puede ser co-acción, pues perdería su esencia liberadora.

Según Piaget, la cooperación es siempre una forma superior de inteligencia y el ejercicio a realizar en la comunidad universitaria amigoniana, es posibilitar que todos "comprendan la cooperación", pues es la mejor solución para las necesidades institucionales y garantiza otro elemento del amigonianismo: La fraternidad (..."la mutua aceptación, compenetración y apertura").

"En la unión está el secreto de la fuerza": dijo Luis Amigó. Ser amigoniano en la Universidad es ser apoyo y sostén, colaborador y cooperador y peregrino del ser, al buscar en prácticas sociales internas, la interacción y la integridad. Vivir el amigonianismo es vivir la socialización, como la búsqueda de una estructura de alta movilidad que se caracterice por la libertad de asociación, con fuertes lazos de solidaridad y como mecanismo de relacionamiento entre seres humanos, que garantice procesos democráticos, con flexibilidad para producir recombinaciones, que permitan enfrentar la imprevisibilidad humana, de quienes vivimos la universidad, desde Dios. Es conversión, regreso al punto de origen permanentemente.

EL AMIGONIANISMO UN PROYECTO COMUNITARIO DE VIDA CRISTIANA

Merly Rengifo Alarcón
Coordinadora Colectivo de estudio y trabajo sobre identidad amigoniana.
Licenciada en Pedagogía Reeducativa
Postgrado en Animación Sociocultural
Docente FUNLAM Centro Regional Valle del Cauca

El AMIGONIANISMO como fundamento filosófico de la Fundación Universitaria Luis Amigó, participa de la Concepción Antropológica Cristiana, dimensionando al hombre axiológicamente para permitirle crecer en relación y comunión con el otro en su cotidianidad.

Al participar de esta concepción antropológica, contempla como elemento articulador de su hacer un PROYECTO DE VIDA puesto al servicio de la comunidad en el que se pone en práctica un MODELO ÉTICO COMUNITARIO, donde la convivencia humana refleje los valores amigonianos, -valores de aprecio por la vida, de respeto, de libertad, de justicia, de solidaridad social y de paz- en el contexto universitario, familiar y social.

Este misterio de comunión y fraternidad, que proviene del CRISTIANISMO, tiene una realización visible y concreta en el amigonianismo: LA CONSTRUCCIÓN DE UNA COMUNIDAD DE HERMANOS en la que se descubre conjuntamente el sentido de la vida como signo de unidad.

Estos valores, que se hacen presentes en el amigonianismo y se proyectan a la sociedad , son testimonio de vida que convocan al cambio, la transformación, a la conversión, entendida ésta como el sello preciso de la Reeducación, puesta en juego a través de la Pedagogía.

Al pensar la pedagogía como el elemento fundamental de ese cambio se reconoce el valor de formar para la vida, para vivir en sociedad tomando como referentes el amor, la apertura al

otro y la relación sincera y leal, componente que da sentido a l a vida y al hombre y que configuran, desde el cristianismo, los Principios del método pedagógico amigoniano. Se pone de manifiesto en este método el amor y el respeto a la persona, exigiendo un actuar conforme a la Pedagogía del Amor que en su campo de acción no pierde de vista al hombre con problemas sociales para orientarlo hacia su transformación, hacia su crecimiento, hacia la búsqueda de su propio ser y existir.

En ésta línea toma pleno sentido el quehacer del educador, del estudiante, del directivo amigoniano que en coherencia con su estilo de vida, su sentir social y el ejercicio de su misión consolidan la Identidad Amigoniana, desde el espacio académico hasta la proyección en su entorno.

Esta proyección social con Acción Apostólica, dirigida especialmente hacia el cambio social, está animado por el Espíritu Cristiano, entendido como la concordancia existente entre el apostolado y su misión liberadora, es decir, el Carisma Amigoniano del que indiscutiblemente la Universidad ha permeado hoy todas sus prácticas y los programas que ofrece.

El carisma amigoniano que nos inserta con características peculiares en la vida y misión de la universidad se concreta en unas prácticas sociales desarrolladas a la luz de unos principios y a partir del encuentro con las comunidades y grupos marginados social, económica o culturalmente.

Desde esta perspectiva el ejercicio de la misión se considera espacio propicio para fecundar la acción social, pues es aquí donde se recrean las actitudes que dan vida a la Vocación Amigoniana, como la Sensibilidad frente a las necesidades sociales al servicio a grupos marginados, la Entrega, el Sacrificio y la Solidaridad, que manifiestan en un sentimiento amplio el núcleo fundamental del Mensaje Evangélico y favorece el desarrollo de la persona como un ser para los demás.

Esta dimensión del ser amigoniano tiene como componente esencial la capacidad de amar; es el amor lo que humaniza e identifica al hombre y lo que le posibilita orientar su acción a la restauración del mismo, abarcando la totalidad de la persona en su dimensión humana, religiosa, social, familiar política, cultural y económica. Aquí se subraya el carácter integral del proceso de conversión sustentado en el amor, que se deriva de la comprensión del ser humano en su conjunto armónico: cuerpo, mente y espíritu, como un reflejo de la inseparable unidad DIOS-HOMBRE y la búsqueda de su perfecta integración como un ideal de vida puesto en evidencia a través de una verdadera espiritualidad comunitaria donde su mayor componente sea la calidez que nos permita un nuevo modo de estar con nuestros hermanos junto a ellos, fraternalmente.

...Al participar de esta concepción antropológica, contempla como elemento articulador de su hacer un PROYECTO DE VIDA...

VALORES AMIGONIANOS PROYECTADOS A LA SOCIEDAD

Juan Carlos Ceballos Sepúlveda

Coordinador Revista Alborada

Director Dpto. de Comunicaciones FUNLAM

Identidad Amigoniana es uno de los temas que toca a todos los estamentos que conforman la Fundación Universitaria Luis Amigó. Para profundizar en él, estuvo en la Institución el Padre Juan Antonio Vives, Terciario Capuchino, quien ha estudiado y profundizado sobre el pensamiento del Padre Luis Amigó y Ferrer, inspirador de toda esta obra, que hoy se extiende en los cuatro puntos cardinales del planeta.

La Revista Alborada comparte con sus lectores la siguiente entrevista realizada al Padre Juan Antonio Vives, quien iluminó el camino para la construcción de la Identidad Amigoniana, en la Fundación Universitaria Luis Amigó.

- Padre Juan Antonio Vives, ¿Cuándo empieza su formación religiosa con los Terciarios Capuchinos?

"Ingresé en el seminario nuestro de Godella, a los doce años. Allí realice los estudios de bachillerato y tuve oportunidad de conocer a muchas personas que habían convivido con el padre Fundador. Por esto, para mí el amigonianismo, más que aprenderlo en un discurso, lo asimilé por ósmosis, en las mismas prácticas de la vida diaria.

"Luego adelanté los estudios de filosofia al interior de la Congregacion, durante dos años. También ejercí como

profesor de latín y griego, en nuestro seminario durante otros dos años. Después de ese tiempo, los superiores me destinaron a estudiar en la Universidad de Comillas de Madrid, donde hice la teología institucional y, más tarde, la especialización en Sagrada Escritura.

"Como parte de mi formación pedí tener una experiencia de misiones y estuve tres años en República Dominicana y uno en Venezuela. Cuando regresé a España fui nombrado Rector en nuestro colegio de Monte Sion, en Torrente, donde estuve dos años. En el segundo de ellos se celebró un capítulo general de la congregación, al que asistí.

"En esa oportunidad los hermanos me asignaron para el cargo de Consejero General, para el cual fui reelegido en el capítulo de 1989, lo que me permitió estar en Roma por espacio de doce años. Los primeros años, 1983-1985, los dediqué al estudio en la Universidad Franciscana. Allí presenté como trabajo para la tesis doctoral el tema 'Testigos del Amor de Cristo'.

"También obtuve, en España, el título de Pedagogo que otorgaba la Congregacion con referendo, en aquel entonces, del Ministerio de Justicia Español. Y en República Dominicana logré el título de magisterio".

¿Desde cuándo tiene Usted información del Padre Luis Amigó?

"Curiosamente, nací en Onda, provincia de Castellón, en España, en cuya diócesis fue Obispo en los últimos años el Padre Luis Amigó. Actualmente se conoce como Diócesis de Segorbe-Castellón.

"Desde niño tenía referencias del Padre Amigó, a tal punto, que por indagaciones familiares, descubrí que a mi papá lo había confirmado el padre Fundador de los terciarios capuchinos. Mi padre siempre recordó como una anécdota el hecho de que lo confirmará un obispo con barba. Ese hecho nunca lo había relacionado, ni siquiera en los primeros años de seminario.

"Sólamente en los últimos años cuando leíamos y comentabamos la autobiografía del Fundador, pude relacionar tiempos y lugares, lo que me llevó a concluir que si a mi padre lo confirmaron en tal año, por un Obispo de barba y el pueblo pertenecía a Castellón y el único Obispo con barba de la zona era el padre Fundador, pues no había duda: mi padre fue confirmado por él. Luego pude comprobar el dato en el archivo parroquial.

- ¿En qué momento o por qué circunstancias usted se interesa en profundizar en la vida del Padre Luis Amigó?

"Cosas de la vida. Cuando fuí destinado a Venezuela en 1978, las hermanas terciarias capuchinas de ese país, deseaban tener un curso sobre el padre Fundador y se dirigieron a nuestro colegio de Caracas para solicitar esa colaboración.

Cuando ellas llegaron, yo no me encontraba en casa. Las hermanas expresaron a los hermanos su propósito y ninguno de ellos se quiso responsabilizar, pero les indicaron que había un hermano español, recién llegado, que con mucho gusto les dirigiría el curso.

"Cuando regresé, la versión de los hechos cambió totalmente. Los hermanos me dijeron: *aquí han estado las hermanas preguntando por ti, porque querían que les dieras una charla y nosotros le hemos dicho que sí.*

"En un primer momento quise echarme para atrás, pero reflexioné y dije: bueno, por qué no? Y de ahí surge el primer trabajo que realicé sobre el padre Fundador, que titulé 'Pedagogía Amigoniana'. Más que un contacto directo con las fuentes, era un ensayo basado en textos bíblicos.

- En qué momento empieza a alimentar estos estudios, no sólo los bíblicos, sino con las personas que ud. mencionó al principio.

"Desde la época en que fui designado Consejero General y comienzo a realizar la tesis. Leo y hago fichas de todas las fuentes que encuentro. No sólo del Fundador, sino de la tradición y es cuando, de una manera propia y particular, empiezo a entrevistarme con religiosos que tuvieron una relación con el Padre Fundador. Me surgen muchas inquietudes, algunas tienen que ver con el carisma y otras con aspectos históricos".

¿Qué fue lo que más le impactó del Fundador desde ese momento?

"Esencialmente la idea que me ha marcado como la estampa del Fundador, por una parte, su sentido de fortaleza y de riesgo. En algunos momentos parece un aventurero, pero no es un aventurero sin rumbo, porque siempre viaja confiado en Dios. Tanto es así que el primer librito que escribí del fundador, lleva por título 'Un Hombre que se fió de Dios', donde recogí esta idea.

"Además de la anterior hay otra actitud que me ha impactado y es la sencillez de su vida, la normalidad de su

humanidad. Por eso, si tuviera que escoger un título para hacer un escrito sería éste: *Gigante de una santidad muy normal*".

Desde esa época hasta este momento, ¿cómo cree ud. que ha evolucionado el estudio del pensamiento amigoniano?

"Desde hace años, algunos padres terciarios capuchinos han profundizado en el conocimiento del Fundador. Sobre todo, a partir de la época posconciliar. Vale la pena resaltar los aportes de los padres Mariano Ramo, Joaquín Guillén, Vicente Serer, Tomás Roca, Luis Cuesta, Agripino González...

"Todos ellos, y otros que aquí no se nombran, han contribuido a la profundización del pensamiento del Fundador".

- ¿Cuáles fueron los valores fundamentales que dejó el Padre Luis Amigó?

"El primero sería la capacidad de interesarse por la vida de los demás, de compartir, de vivir al mismo nivel. Otro fue el valor del espíritu de sacrificio, es decir, estar dispuestos, como él solía decir, a sacrificar la propia vida si fuera necesario por los demás, sin tener en cuenta horarios. Otros valores que destacaría serían: el espíritu de servicio, de acogida, de alegría, de sencillez y de humildad".

- Usted considera que entre sus Hermanos, de la Congregación, ¿existe buena asimilación de estos valores?

"Pienso que sí. Un paso fundamental de asimilación por parte de los hermanos fue precisamente la publicación en el año de 1987, del Manual de Espiritualidad, que lleva como título *Espiritualidad Amigoniana.* En él, si se quiere en una forma esquemática, pero profunda e integral, se recogen los elementos que configuran la identidad espiritual del Fundador y, por otra, los que identifican también la espiritualidad, el carisma de la congregación".

- Pasando a otro plano, en una Institucion universitaria, como es la FUNLAM, ¿cuáles considera ud. que deben ser los elementos que deben tener en cuenta los diferentes estamentos, para construir la identidad amigoniana?

"Consideraría uno fundamental: la concepción antropológica de la persona a partir de la civilizacion cristiana de la que participamos directamente. También cuentan otros elementos basados en los principios inspiracionales fundamentados desde el evangelio mismo, como son: la creencia en la bondad natural del hombre, la esperanza en su recuperación, la actuación con criterios de misericordia, la educación ejercida con un sentido muy realista de la existencia, compaginando dulzura con la fortaleza. Para mi estos serían los valores fundamentales.

"El reto para la Universidad sería traducir todo esto, expresado tradicionalmente en el lenguaje típicamente religioso en el que surge, a un nivel de ética que pueda ser compartido, no sólamente por los que participan de la fe cristiana, sino por todas las personas de buena voluntad".

- Referente a los estamentos estudiantiles de la FUNLAM, en donde ya no sólo se habla de Pedagogia, sino de Administración de Empresas, Desarrollo Familiar, Educación Básica y de las especializaciones, quienes ven esta propuesta de índole educativo y se preguntan ¿y esto qué tiene que ver conmigo?

"La dimensión amigoniana no se circunscribe únicamente a un determinado modo de actuar en el campo de la

educación o más concretamente en el campo de la reeducación, el carisma amigoniano, el espíritu amigoniano es fundamentalmente un determinado modo de *ser* y de *crecer* en el amor, a la luz de Cristo.

"Los valores que configuran el crecimiento amigonano en el amor pueden favorecer la maduración humana e integral de cualquiera de los estudiantes de esta universidad, e iluminar, al mismo tiempo, su actuación profesional".

- También se plantea la discusion en las instituciones universitarias, del diálogo fe - razón. ¿Usted considera que esto es posible?

"Sí. Para mí no solamente es posible, sino que es necesario e imprescindible. El reto que quisiera lanzar a la Fundación Universitaria Luis Amigó, es traducir a un lenguaje ético y laico, no laicista, el mensaje espiritual de la Congregación. Insisto que el reto debe ser un diálogo fe-razón, entre otras cosas porque ambas dimensiones, tanto la fe como la razón buscan la misma verdad: la verdad sobre el hombre. Y la verdad sobre el hombre es una.

"De ahí que cuando uno entra en la profundidad del fenómeno religioso, en sus distintas expresiones culturales, se da cuenta que en la profundidad del misterio, todos coincidimos. Por eso, no hay una verdadera divergencia entre fe y razón, siempre que se vaya a las razones profundas del discurrir y de la fe. Para mi los problemas del diálogo fe y razón están provocados siempre, en encerramientos. Unos de tipo fanático, como pueden ser encerramientos religiosos, de tipo fundamentalista, y otros de cortas miras, como pudieran ser los encerramientos de la razón, que, en tal caso, no serían científicos".

- Hay otra cuestión que a veces confunde a veces clarifica y es ¿dónde convergen lo católico con lo amigoniano?

"Lo católico con lo amigoniano, convergen en el momento en que Luis Amigó es un religioso católico, y todo su pensamiento cristiano, lo recoge a través de la doctrina católica. Desde ahí hay una convergencia total.

- ¿Cómo podría concebir la FUNLAM en esa contribución a la transformación de los entornos sociales, en donde en estos momentos hace presencia con esos valores amigonianos?

"El primer y fundamental aporte que la universidad puede hacer a la sociedad es precisamente, la formación de unos profesionales que verdaderamente se sientan llamados a crecer integralmente como personas, a la luz de unos valores que la tradición amigoniana saca del evangelio. Unos valores éticos que, ciertamente, dirigen a la persona hacia el bien de los demás.

"También debe contribuir la universidad, pienso, a la formación de una verdadera conciencia crítica, sencibilizada particularmente en el tema de la justicia social. La universidad debe ser agente, a veces, de denuncia ante determinadas situaciones de abierta injusticia, particularmente en el campo del menor, pero tambien una fuente de concienzar a la sociedad en la problemática del menor y otras situaciones ligadas con el mundo de la marginación y un largo etcetera que es mejor dejar a la creatividad de cada lector".

- Esta es una invitación que Usted hace para hacer la guerra en lugar de la paz?

"Si exacto, eso sería y, además, crear inquietud. Creo que si la generación de los finales de los sesenta se distinguió por ser revolucionaria, porque había pasado la tranquilidad de la posguerra mundial y era una sociedad adormilada, que despertó con el mayo francés, hoy en día se ha vuelto a caer en otro adormilamiento, provocado por una cultura del facilismo y del goce. Es una expresión nueva del hedonismo, que hay que romper de alguna manera. Ahora todos nos quejamos que a nuestra sociedad le faltan valores, pero quizá el valor fundamental que nos falta es el de la crítica, el del pensar. Sólo desde ahí se puede analizar la falta de valores, para romper y empezar a construir algo".

LA REALIZACIÓN DEL HOMBRE
EL COMPROMISO QUE SABEMOS CUMPLIR

Pregrado:

- Licenciatura en Pedagogía Reeducativa
- Desarrollo Familiar
- Administración de Empresas con Énfasis en Economía Solidaria
- Licenciatura en Educación Básica
- Licenciatura en Educación Preescolar

Postgrados:

- Farmacodependencia
- Animación Sociocultural y Pedagogía Social
- Docencia de las Ciencias Sociales
- Gestión de Procesos Curriculares
- Docencia de las Tecnologías
- Legislación de Familia y de Menores
- Ética

Sede Medellín
Tel: 2606666 - Fax:2608074
http://www.amigomed.edu.co

Fundación Universitaria
LUIS AMIGÓ

REVISTA **Alborada**

45 AÑOS

Contribuyendo a la formación integral de la juventud y la familia.

Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos.